



EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 30 de Enero de 1913.

Núm. 5.

Bromas en serio

INTRODUCCION

No sé por qué, he despertado de buen humor, hoy lunes, á las tres de la mañana, hora en que suelo ponerme á escribir todos los días.

¿Que por qué madrugo tanto? Porque me acuesto generalmente de siete á ocho de la noche y no me gusta estar despierto en la cama.

¿Que por qué hablo de esta menudencia? Porque no sé lo que va á ocurrirse en esta alegre situación de ánimo, y quiero prevenirme por si acaso se me escurre la pluma, como sospecho.

Y descargada mi conciencia con esta espontanea confesión, enristro lo susodicho, y me entro por el campo de la política como caballo desbocado en una cacharrería, cual diz que dijo Gamazo de Maura.

Y comienzo

Preguntando á mis lectores, si creen que Romanones, al aproximar al redil monárquico á Azcárate, ha llevado la intención de reventar á los conservadores, ó la de perturbar, introduciendo entre ellos el cisma y la confusión, á los republicanos.

Y si sospechan quién (ó quiénes) hayan podido prestarse conscientemente al juego, y quién (ó quiénes) hayan caído de mirlos en la red.

Porque de todo hay (ó puede haber) en la viña del Señor.

Y hecha esta pregunta, prosigo.

Arrepentimiento

¡Soy de lo más incorregible!... Sin veces que me habré dicho:

«No partas de ligero al emitir juicios sobre ningún acto político; no te dejes llevar nunca de la simpatía ó antipatía que te inspire la persona que lo realiza; pesa bien el pro y el contra, el momento, las circunstancias...»

Pero como si no: recibo la impresión, y la traslado al papel sin meditación alguna. Y así me sale ello á veces.

Leí que Azcárate había ido á Palacio, y como es un buen señor que políticamente me ha reventado siempre, no me metí en más averiguaciones y condené su ida con una precipitación que hoy lamento.

Porque hoy, después de analizado bien

el caso, y de enterarme de la opinión de las altas intelectualidades del partido á que tengo el honor de pertenecer, siento algo parecido al remordimiento, por haber dudado de las intenciones patrióticas de un hombre que, según *La Epoca*, ha sido uno de los colaboradores más asiduos en la obra política de Maura.

Suscribo los elogios que con tan plausible motivo le dedica con perfecta justicia el periódico conservador, y reniego del que dijo (no recuerdo ahora si fué Cristo) que *no se puede servir á dos señores*.

Cuando un hombre de conciencia tan cacareada como la de Azcárate lo ha hecho, si que puede y debe hacerse.

Y cuando otros lo piensan hacer, si que interesa hacerlo desde el punto de vista de la conveniencia personal.

Un par de necios

¡Oh Pavia!... ¡Oh Martínez Campos!... Hasta hoy os odiaba por haber traído en dos golpes de fuerza la restauración: desde hoy os desprecio, por tontos y rutinarios.

¿Qué necesidad tuvisteis de exponeros á que os fusilaran, pudiendo haber aguardado tranquilamente á que hubiese la restauración venido por la lenta, pero segura evolución de las ideas?

Verdad es que en vuestro tiempo no se había inventado aún esta eficaz, infalible y hasta cómoda teoría de ir haciendo cada veinticuatro horas un poquito de revolución, (digo, de restauración), y por esto sin duda buscásteis en la práctica de todos los siglos y de todos los países el procedimiento adecuado á la consecución de vuestro deseo.

Mas esto no ha de impedirme despreciaros en adelante, por necios y por anticuados.

Crear que sólo por la fuerza puede sustituirse una forma de gobierno por otra, es estar en torpeza á la altura de Portugal y de la China.

Dos inválidos políticos

Si Maura no hubiese cometido la botarata de volverse la boca orificio (ano, que dicen otros menos cultos que yo, ó más incultos), estando hoy considerado como el primer hombre de este país. Y lo sería. (Sin adulación).

¡Retirarse de la política por no avenirse á consentir que los republicanos se jactasen de influir en las decisiones de la Corona!...

¡Cerrarse voluntaria y arrogantemente las puertas de Palacio, mientras Azcárate acudía presuroso, sumiso y cortés como empleado público al fin, al llama, miento del Rey!...

¡Apartarse lanzando amenazas, del sitio de donde Azcárate salía prodigando elogios!...

Dígame lo que se quiera, el acto de Maura resultó impolítico, torpe, desatentado; acusó despecho, soberbia, ira... ¡Pero fué grande! Y lo grande, y hasta lo monstruoso, inspira admiración siempre, como inspira desdén lo correctito, lo pequeño, lo azcaratito... lo que hizo Maura después, obligándonos á recordar á Lucas Gómez.

Para el buen nombre de España, la retractación de Maura fué una desdicha...

Para el porvenir del partido republicano, la obediencia de Azcárate al llamamiento real, ha sido una suerte.

Y si le imitan algunos, mayor aún.

Porque seguramente no le imitará ninguno de los verdaderamente convencidos.

Esto sin contar con que los amigos tibios ó dudosos son más perjudiciales y temibles que los enemigos declarados.

En todos los partidos, en todos...

Incoherencias

¿Que si los diputados republicanos fueron elegidos para ejercer de fiscales y jueces en el Congreso, y no para ayudar á un partido monárquico contra otro, no habiendo entre ellos diferencias en lo fundamental ni en lo esencial y sabiendo que se unirán siempre todos en cuanto crean que peligrá lo que tienen el deber de conservar por honor y por conveniencia?

—Conformes.

—¿Que si hubiesen puesto en discutir los grandes problemas nacionales, la mitad del empeño que ponen ahora en decidir si deben ir ó no á Palacio, caso de que el rey los llame, sería muy distinta la situación actual de España?

—Convenido; pero no hablemos de ello: con agna pasada no muele molino. Claro es que, si hubieran procurado entrar en Palacio por otros caminos, habrían quedado más airosos, aunque no hubieran podido entrar. Pero, en fin, cuando no se puede segar, se espiga. ¿No podían colarse valientemente por la ventana? Pues han entrado vergonzosamente por la puerta, olvidándose de aquellos

bravos versos de García Gutiérrez en *Venganza Catalana*:

...En la ciencia militar
la muralla es para entrar,
la puerta para salir.

Y como lo que preocupa hoy á la mayoría de los hombres es llegar á donde desean, sin importarles el cómo, no seamos muy intransigentes con Azcárate ni con los que se aprestan á imitarle.

Y á propósito de éstos:

¿Se han encargado ya el frac? ¿Han aprendido á ponérselo? ¿Saben de qué clase y color es la corbata de etiqueta?

Y lo pregunto, porque yo, si me viese en su caso, no sabría ni por donde meterme la manga de esa prenda de camarero de café, de lacayo de casa grande.

Y á propósito de camareros:

¿Pues no se me está ocurriendo llamar camareros de la Monarquía á los republicanos que vayan á Palacio?

Como van á servirlos...

¡Pero qué falta de seriedad la mía! ¡Y á mis años!

Parece mentira que en tantos como llevo de rozarme *correligionariamente* con hombres de la seriedad, la honorabilidad, la respetabilidad y la solemnidad de Azcárate, no me haya contagiado un poquito y tenga á lo mejor estas salidas de tono.

Precuraré enmendarme, para ver si logro ponerme en condiciones de cometer tonterías *prosopopeyativamente*.

(Hoy me ha dado por inventar participios raros.)

Nación salvada

Ruego á los republicanos benévolos que nombren tres comisiones de su seno para que salgan á recorrer inmediatamente toda España, con este objeto:

La una, persuadir á los emigrantes que aguardan la llegada de trasatlánticos en los puertos de embarque para América, que regresen tranquilamente á sus hogares á esperar el pan que iban á buscar al extranjero, ya que, liberalizada la monarquía, es inaudable que llegará á sus bocas cualquier año de estos, encargándoles que feliciten á Azcárate el día que lo saboreen.

La otra, convencer á los que pagan tributos exorbitantes, de que tienen el deber inexcusable de no arruinarse, para poder seguir sosteniendo patrióticamente las cargas del Estado que los ha puesto en estado tan deplorable, que hubieran acabado en mendigos, si Azcárate no se sacrificara por redimirlos.

La otra, llevar los obreros al convencimiento de que, aun cuando los patronos los exploten, no deben darse por enterados, pues el Sr. Azcárate está pensando ya en si convendría nombrar, en todo lo que resta de siglo, una comisión

que formulara las Bases de un proyecto que evitase desde el siglo xxv las feroces injusticias que con la clase trabajadora se cometen.

Y una vez que las tres comisiones hayan conjurado así la crisis económica, y que podamos los españoles gritar á coro aquello de

Libre España, feliz e independiente,
yo me encargaré de proponer que se eleve una estatua en la cúspide del Pirineo al hombre insigne que, mirando la política desde las alturas que únicamente escalaban las águilas antes de inventarse el areoplano, nos redimió de la bancarrota, por donde venía indefectiblemente la muerte de España, con una simple visita que hizo al Palacio real.

En expectativa

Al ver que entre los radicales hay también, como entre los conjuncionistas, republicanos dispuestos á sacrificarse por el triunfo de nuestros ideales siguiendo las huellas de Azcárate, empiezo á dudar de mi razón; y por si ó por no, y para prevenirme contra un acceso probable, escribo hoy mismo esta carta á Santiago Ezquerdo, encargado del manicomio de Carabanchel:

«Madrid 27 Enero 1913.

Querido Santiago: Vaya usted preparándose una celda, pues creo que tardaré muy poco en ir á ocuparla con perfectísimo derecho.

Me han dicho que uno de los síntomas de los que van para locos, es creer que todos los demás lo están; y yo me encuentro ya en este caso.

Dígame usted si es cierto, para en caso afirmativo disponermé á embalar mi tintero y mi pluma y salir á escape hacia ese renombrado establecimiento.

Si, relativamente cuerdo, he dicho y he hecho tantas tonterías, calcule usted lo que haría y diría estando loco; hasta es posible que creyera, como ya indiqué días pasados, que estaba próxima la venida de la República.

Pero si no fuere así, es decir, si el creer que los demás están locos no es señal de locura, aumente usted inmediatamente tres ó cuatro pabellones á ese grandioso edificio, pues va á necesitarlos pronto para albergar correligionarios de altura.

No demore la respuesta, sobre todo si es confirmatoria de mi enfermedad, pues necesitare lo menos un par de días para dedicarme al embalamiento que le he dicho, á retirar del Banco de España la cuenta corriente, á redactar las dimisiones de los cargos que ejerzo en varias Empresas, y á renunciar al cargo oficial que disfruto.

Y una vez hecho esto, correré á ponerme á las ordenes del único jefe que habré tenido en mi vida, fuera de cuando fui militar.

Siempre á sus órdenes como amigo.

si no necesitare ponerme como cliente,—
José Nakens.»

Y ahora dispénsenme mis lectores por cerrar aquí esta sección. Estoy muy preocupado, y lo estaré hasta que reciba la respuesta.

Y como quiero á todos mucho, y he oído decir que un loco hace ciento, debo evitar el convencerme á costa suya de que es cierta la frase, ó, si se quiere, el adagio.

Y los sueños, sueños son

¡Soy el hombre más torpe y desventurado que existe en política!...

Trabajo denodadamente en 1889 para unir á los republicanos en la Coalición de la Prensa, y cuando ya creía próximo el triunfo, ¡pataplum!, todo por tierra.

Lo mismo me pasa con la fusión en 1896, y más tarde, en 1903, con la unión.

Propongo el año pasado que se reuniesen para entenderse los jefes republicanos, y nuevo fracaso.

Convencido de que en el mundo de la realidad no acierto nunca, me refugio en el de los sueños, y en él forjo á medida de mi deseo planes de reformas, preparo bases de alianza y tratados de comercio, á fin de proponérselos á la nación que más nos conviniera, si la República no cayese llovida del cielo, y de tal modo me obsesionan estos sueños en estado de vigilia, que los reanudo cuando duermo.

Últimamente, tres días antes de aquél en que fué Azcárate á Palacio, tuve durante dos noches seguidas un sueño mientras dormía, que me dejó encantado.

Había pensado despierto en cuál alianza podría convenir más á España, si la de Francia, la de Inglaterra ó la de Alemania, y una vez dormido, seguí con el tema. ¿Y á dónde creen ustedes que fui á parar? Pues nada menos que á los Estados Unidos.

Esta nación casi omnipotente, me decía yo dormido, sueña despierta con una alianza en Europa. ¿Y cual mejor para ella que la española, ya que siente hacia nuestra patria gran simpatía, y que le ofrecemos por nuestra posición geográfica más ventajas que ninguna otra nación?

Y una vez desbocado por este camino, continué soñando imposibles; (¡si lo serían, que hasta vi realizada la unión republicana!), y que unidos todos ya, lancé la idea de entendernos con la República Norte Americana y que fué aprobada con gran entusiasmo mi proposición, y que nombramos seguidamente una Comisión, que salió inmediatamente para Nueva York, á estudiar sobre el terreno hasta dónde alcanza la riqueza y el poderío de aquel país, y qué piensan de la política europea desde el punto de vista de su política comercial, y.....

No comuniqué á nadie lo que había so-

ñado, y á la noche siguiente soñé lo mismo. Y aguardé impaciente á que llegase la tercera, porque recordé la conseja, que existe en muchos puntos de España de que soñando tres noches seguidas, sin decírselo á nadie, que hay un tesoro en un punto determinado, el tesoro está allí, y no hay más que ir por él.

Me acosté, como de costumbre, á las siete y media, y ¡cosa rara en mí, tardé en dormirme; vuelta de un lado, vuelta de otro, dieron las nueve y media, y nada; el señor de Morfeo tan rehacio y tan remolón. ¡Y yo que tanto deseaba cerrarse mis párpados, para ver si le daba el tercer golpe al sueño del tesoro!

Aburrido y mal humorado pedí á eso de las diez, el *Heraldo*, y...

¡Adiós mi cuento de la lechera! ¡Mi sueño fascinador! Aquél RENGLÓN terrible:

AZCÁRATE EN PALACIO,
me dejó estupefacto, yerto de cuerpo y parálitico de espíritu...

Me dormí á eso de la una, pero ¡ay! no soñé la tercera vez lo del tesoro.

Y me quedé, por lo tanto, sin enterarme de si efectivamente resulta cierto lo que se sueña tres noches seguidas.

Uno que se adhiere

Sr. D. José Nakens.

Mi muy querido amigo:

Al recibir El Morín de esta semana, un rayo de consuelo y esperanza llegó con él á mi espíritu, contundido por muchos años de lucha y actualmente dolorido por enfermedades físicas y desencantos morales.

Estaba esperando que usted hablase y sin perder momento lo ha hecho como yo suponía; como no podía menos de hacerlo.

El giro que nuestros prohombres y jefes han dado á la política republicana, es sencillamente intolerable, porque envuelve una traición á las ideas y á las esperanzas que todo un pueblo noble y generoso hubo de depositar en ellos.

Yo quería protestar; yo quería salvar mi voto; yo deseaba ardientemente poner á cubierto mi modesto nombre y mi insignificante persona de los cargos formidables que la opinión, cuando recobre su sentido cívico, ha de hacer contra todos; pero no tenía medio de hacer oír mi voz ni de exteriorizar mi protesta.

Sin duda porque mi amor probado á la justicia y á la verdad me lleva muchas veces á no compartir el criterio de los prohombres, hace algunos años que los periódicos republicanos no me dejan hablar de política, y ahora en la Conjunción, que aplaudí en principio y á la que pertenezco, han acordado cerrarme el acceso á toda tribuna; así lo hicieron cuando el mítin pro Ferrer, no obstante llevar yo la representación de la Masonería Mundial y así acaba de hacer el Sr. Labra en una velada literaria que ha de celebrarse estos días en el Centro de hijos de Madrid. Si bien esto es más disculpable, pues creo que el Sr. Labra chochea, y además, como aún no me he pasado cincuenta años enviando los autobombos hechos á la prensa, mi personalidad no ha podido adquirir el relieve necesario.

Pensé hasta en haber hecho un esfuerzo y haber publicado un folleto ó un pe-

riódico de circunstancias; pero me acordé de El Morín y desistí.

Vamos, pues, con el Sr. Azcárate.

Yo confieso que ese *acto* me sorprendió llenándome de amargura, pues estaba en la idea de que todos los republicanos, y señaladamente los que del partido recibieron honores y prebendas, y en él ejercen cargos representativos, deben vivir siempre de espaldas al régimen y en la inteligencia de que toda colaboración directa ó indirecta de ellos con la Monarquía para la obra de gobierno, es una inmundicia. Y yo jamás creí al pulquérrimo Sr. Azcárate susceptible de cometer inmundicias.

Para justificar esto que es injustificable, buscan los oficiosos de cámara razones en la conducta de los republicanos de Italia y de Inglaterra, ó alegan precedentes.

En cuanto á lo primero, no hay paridad en los casos: los republicanos de Italia y de Inglaterra pueden colaborar con sus reyes, porque aquellas monarquías son simples formas de gobierno y no rémoras que impidan la resolución de problemas tan importantes como el social, el económico, el religioso, el militar, el jurídico, etc., etc.

Además, entre aquellos republicanos no ha habido sin duda quien diga, como aquí la Conjunción por boca de D. Melquiades Alvarez, en 7 de Abril de 1912 (banquete del Retiro):

«No vamos á resucitar la política de las alianzas con los monárquicos y de los choques con las izquierdas.»

«Colaboré en la política monárquica y de ello me arrepiento sinceramente.»

Después de esto ¿podía yo esperar que el Sr. Azcárate fuese á Palacio?

Veamos si el precedente les abona.

Durante la monarquía clerical inaugurada por D.^a María Cristina, que es en donde hay que buscar el precedente, el único republicano que ha ido á Palacio he sido yo; pero fui como abogado, al amparo de mi propia insignificancia personal y para comparecer ante un Tribunal que nuestro sistema jurídico ha colocado sobre el Tribunal Supremo. Esto no ha podido sentar precedente que disculpe al Sr. Azcárate. ¿Que fué como sabio? ¿Que fué como Presidente del Instituto de Reformas Sociales?

Discutamos.

Como sabio no ha podido ir; nadie mejor que el Sr. Azcárate sabe que no lo es; nunca salió de sus labios ni de su cerebro una idea nueva; sus obras son recopilaciones sin método, rapsodias amorfas que no pueden servir de cimiento para un prestigio legítimo. En el orden intelectual no pasa de ser una discreta medianía que ha hecho fortuna.

Como Presidente del Instituto de Reformas Sociales, no llega á esta altura ni mucho menos. Se hizo una ley de Accidentes del Trabajo, bastante mala, pero que servía para algo, y el famoso Instituto creó para aplicarla un organismo que la ha dejado sin efecto. Ya no hay obrero accidentado que cobre una indemnización, por obra y gracia del Sr. Azcárate.

En cuantos conflictos sociales ha intervenido el Instituto, ó no ha hecho nada ó ha empeorado las cuestiones. ¡Cuántos datos podía yo aducir, recogidos sobre el terreno en Bilbao y en Gijón!

En esta Presidencia, que nunca debió aceptar, es el Sr. Azcárate un fracasado indiscutible, irremediable, y así no ha debido ir con este carácter, no ya á Palacio, ni aun á la taberna del Sr. Nicomedes.

¿Que con su viaje famoso dió el Sr. Azcárate políticamente la puntilla á Maura y La Cierva? No soñemos. Maura y Cierva volverán á gobernar; pero vuelvan ó no, es cosa que á los republicanos debe tenernos sin cuidado, porque el tiempo que empleamos en discutirlos y combatirlos, debemos emplearlo en aislar de toda colaboración la monarquía, en mantener la pureza de nuestras ideas y en procurar el advenimiento de la República. ¿Acaso se puede llamar republicano quien no guarde y practique estas normas de conducta?

Ya sabe usted lo mucho que le quiere su buen amigo

E. BARRIOBERO Y HERRAN

Carta de provincias

Amigo D. José. Empiezo ésta *insultando* á usted:

¡Usted no es testarudo!

Y después de insultarle, entro en materia.

Soy muy poco dado á molestar la atención ajena, y cuando por mis relaciones con El Morín he de escribir á esa, lo hago á Mayoral, para evitar á usted distracciones inútiles, pues sé que trabaja usted de masiado y necesita descanso; pero hoy no puedo resistir más, después de leer su *Me retiro... ó no?*

Ya en otra ocasión, la última creo, me dirigí á usted con el mismo motivo. No; usted ni *puede* ni *debe* retirarse.

Verá usted debilidades, claudicaciones, apostasías ¿quién no las ve? Los que podemos llamar hijos de usted, las hemos visto en nuestros coetáneos; ¿no ha de verlas usted?

D. José; usted no incubó patos, no; usted incubó gallos, y gallos hay en España; pero ¿quiere usted, por muy prolífico que haya sido en ideas, llegar á contrarrestar la fuerza creadora de D. Egoísmo y D.^a Ambición?

No, D. José; esa familia, pese á nuestro deseo, pese á nuestra fe, pese á su apellido similar con el nuestro, es más numerosa que la nuestra; y fieles á las ideas que sus papás les inculcaran, aplauden, toleran, consienten los actos de su pariente. ¡No han de consentir, aplaudir y tolerar, si ellos son sus hermanos!

Nosotros, los hijos de usted, no aplaudimos; al contrario, sentimos bascas oyendo hablar de ese pariente lejano, cual siente dolor, pena, y hasta odio la madre que oye el nombre de un hijo degradado.

Y sabiendo esto, como usted lo sabe, ¿puede usted dejar á sus hijos, cuando esos cariñosos padres amamantan cuidadosamente á los suyos para perpetuar la prole? ¿No comprende usted que entonces ellos, con nuestro apellido, desprestigiarían el nombre santo de la idea que usted encarnó en sus hijos?

Yo, el último de sus hijos en ideas, el último de los *Nakistas* (no es ni partido ni fracción, D. José; es un apelativo que me impongo, libre de santonismos y prejuicios), no siempre estuve conforme con los sinceros juicios de usted, pero siempre vi en ellos la sinceridad, la trayectoria rectilínea del republicano y la firmeza del convencido; lo que usted llama *la testarudez*.

¿Es usted eso? ¿es usted testarudo? Pues haga honor á ese don y persista en guiar su prole por el camino emprendido. Si somos pocos, que seamos buenos; es lo que importa; dejar el campo no lo haremos; y

si somos vencidos se dirá de nosotros lo que de Leonidas y sus soldados:

Cumplieron con su deber.

Le desea salud y estrecha sus manos efusivamente su amigo,

GONZALO GARCIA

Pasajes, 23 Enero.

Respuesta

Amigo Gonzalo: Publico su carta, por ser la primera que recibí de provincias, como de Madrid la de Barriobero, ocupándose de algo de lo que dije en el número anterior. Y voy á dedicarle unos renglones, que quisiera tomasen como dirigidos á ellos, cuantos amigos me han escrito en igual sentido, ya que no me es posible publicar sus cartas, como deseara.

Cuando escribí el articulejo *¿Me retiro, ó no?*, estaba bajo una impresión penosa. ¿Por lo que había hecho Azcárate? No; lo encontré muy natural, muy propio de él y muy conveniente para nosotros.

Lo que me tenía en aquel estado, era la tardanza del Pueblo en manifestar su desagrado ó su desdén; los distingos de los unos, los eufemismos de los otros; las vacilaciones de éste, la reserva de aquél...

Cuando leí el número al salir de máquina, pasé un mal rato; creí que me había puesto en ridículo; y sabido es que yo le temo al ridículo más que á un discurso revolucionario de nuestros héroes inéditos. «¿Si algunos de los que no me conocen bien, me decía, creerá que he tratado de imitar á Maura, diciendo que me voy para ver si me llaman?»

Afortunadamente me repuse pronto, al fijarme en que no había dicho que me iba, si no que era cosa de *ir pensando* en si debía pedir *mi jubilación* de político. Y como *pensar* en si debe *pensarse* una cosa, no supone que se tenga resuelta en ningún sentido, me tranquilicé inmediatamente.

Eso, sí; si llego á decir, por ligereza ó por convicción, que me iba, ni Dios me hubiera hecho desdecirme. Yo pienso en esto y en casi todo de distinto modo que Maura. ¡Y dice usted, amigo Gonzalo, que no soy testarudo!

Y vamos ahora con otro punto.

Me complace mucho todo cuanto usted me dice de mis hijos espirituales y políticos, porque me confirma en la opinión que de ellos tengo. ¿Que son gallos? ¡Magnífico! No hay en ornitología raza más noble: el gallo es el Don Quijote de las aves: valiente, altivo, enamorado, gallardo... Comparada con él, el aguila misma resulta plebeya; conque no digo nada los patos; así se comprende que el pueblo rey lo adoptara por emblema.

Y teniendo yo esta opinión del gallo, comprenderá usted perfectamente lo orgulloso que estaré de haber incubado gallos para el republicanismo, y por qué me alegro tanto de que se vayan á otro gallinero algunos de los que hoy *gallean* en-

tre nosotros, á pesar de faltarles lo que le cercenaron á Orígenes y á Abelardo. (No dirá usted que no sé decir las mayores atrocidades con finura y delicadeza cuando me sale de los que le faltan á esos.)

Pero me he separado del tema, que es este:

Yo no *puedo* ni *debo* retirarme mientras bajen á los puntos de mi pluma las ideas que brotan en mi cerebro; por esto, aunque en un momento de trizteza, ira ó asco lo diga, no debo creerlo mis amigos. He consagrado mi vida entera á defender la idea republicana, y no tengo derecho, pase lo que pase, y vea lo que vea, á robarle ni un minuto. Además, que no podría: la nostalgia del desterrado de su patria debe ser menos intensa, que la de la del que se aparta de aquello en que resumió sus deseos, sus esperanzas, su ambición, su dicha, su orgullo, su vida, en fin. Por esto compadezco tanto á los apóstatas políticos y religiosos, si al apostatar por despecho ó conveniencia, no se desprendieron completamente de las ideas que profesaban.

Por otra parte, yo me debo, más que á mi mismo, á las ideas que he difundido, á las afirmaciones que he hecho.

Quedamos, pues, en que, auu cuando alguna vez lo diga, yo no me retiraré de la política republicana sino el día que salga para el sitio que el defensor de Girona señaló á los que le preguntaron el punto de retirada:

El cementerio.

De acuerdo

Refiriéndose á la entrevista de Azcárate con el Rey, dice entre otras cosas *Tierra Gallega*:

«Azcárate no quiso ser descortés é hizo su visita al monarca. Departió con su Majestad acerca de asuntos sociales y políticos, después de ser conducido á la estancia regia por medio de un puente formado por alabardas, y salió de allí tan orondo y tan satisfecho como cuando sale del Congreso después de aprobar con un gesto significativo las frases de un discurso del jefe de los conservadores.

Más tarde hizo público D. Gumersindo el juicio que D. Alfonso le había merecido. Como hombre, es el monarca un colmo de afectuosidad y de cortesía. Como intelectual, conocedor profundísimo de los más interesantes problemas, así nacionales como extranjeros. Como político, un hombre á la moderna y un verdadero demócrata, orientado hacia todas las libertades. Como jefe de Estado, magnánimo, compasivo, cumplidor exactísimo de sus sagrados deberes é incapaz de descuidar un momento el bienestar de sus subordinados.

Don Melquiades todavía no fué llamado por D. Alfonso á los reales alcázares; pero anticipándose, sin duda alguna, á la convocatoria, dejó atrás á D. Gumersindo. El mitin de Murcia fué el teatro de sus habilidades, al percatarse de la determinación del Monarca. «¿Cómo no ser justo con el enemigo, cuando éste se hace acreedor al elogio?» Y así continuó el batallador refor-

mista diciendo, persuadiendo y deleitando. La multitud le escuchó entusiasmada y absorta «como se adora á Dios ante el altar», aunque no de rodillas, y el orador terminó su discurso con toda la unción de un verdadero devoto, cuyo fervor será premiado á su debido tiempo en las supremas alturas.

Frenéticos vítores acogieron las palabras de maese Alvarez, cuya elocuencia se había desbordado, según costumbre, como un torrente. Un aplauso cerrado llegó á las estancias de los regios alcázares.

«Lo mismo D. Gumersindo que el elo-cuente reformista D. Melquiades, no han hecho más que expresarse, aunque ellos se tengan por jacobinos, con verdadera sinceridad monárquica. Al Sr. Alvarez le tiene con más cuidado la posesión de una cartera que la forma de Gobierno, cosa que considera accidental, sintiéndose británico ó italiano; tira á modificar la Monarquía, no á desahuciarla. D. Gumer, (el diablo sea sordo), da un pedacito de su corazón por no disgustar á los de la Defensa Social, y sobre todo á D. Antonio Maura.

Bien va, pues, el baile por el lado de la aristocracia, el altar y el trono, cuyas excelsas representaciones dirigen el rigodón con envidiable acierto, apuntándose unos tantos en favor de su maestría. La Democracia es la única, por ahora, que gracias á sus bastoneros, continúa bailando el *Can can*, dándose espaldarazos sin cuento y enseñando las desnudas pantorrillas.»

Del momento político

Voz honrada

...Y mi amigo, que es un republicano íntegro, joven, austero, que su inteligencia, su voluntad, la vida toda puso á contribución de la causa republicana, me dijo:

—Los franceses tienen sobrada razón: cosas de España. En verdad, ¿de qué nos quejamos? No hay nación tan delicosa ni tan divertida como la nuestra... ¡Ahí es nada lo que ocurre ahora! Melquiades Alvarez consigue en Murcia una ovación estruendosa, delirante para Su Majestad y dícele al pueblo que aliente al Monarca... Azcárate va á Palacio y sale contentísimo, entusiasmadísimo de la entrevista y convencido de que tenemos una gran Monarquía... Estamos muy satisfechos, porque Maura no gobernará, aunque va vuelta al Poder traería la República...

¡Oh país de los viceversas! Melquiades y Azcárate obran en monárquico y siguen diciéndose tan republicanos... Maura, como potro loco, ni á la Corona guarda consideraciones. Romanones, el jefe del Gobierno encargado de democratizar la Monarquía, no contento con restablecer las relaciones con Roma, rotas por Canalejas, nombra, el mismo día de la visita de Azcárate á Palacio, embajador cerca del Vaticano, y más tarde, de acuerdo con Pío X, prorroga por dos años la ridícula ley del candado... ¡Qué más! Mientras dos personalidades tan salientes del comité de Conjunción hacen lo posible porque el Régimen no se derrumbe, aparece un Manifiesto de la Conjunción afirmando que

umplirá sus fines, es decir, derrocar la Monarquía en breve plazo, puesto que lo de Maura ya se considera resuelto... ¡Sólo el pobre, el infeliz Pueblo, siempre vejado, burlado, engañado y escarnecido por unos y por otros, contempla con verdadero asco cuanto sucede á la hora presente!...

Calló por un momento mi amigo. Me ajé en él: su rostro expresaba odio y maldición, ira y tristeza.

Luego continuó hablándome de este modo:

—Dolíase no ha mucho Azcárate del atentado personal. Lo que han hecho él y Melquíades Alvarez ha sido incomparablemente peor: atentar contra la República, ¡la única y última esperanza de la Patria!... Pero ¿qué digo? No debe ser, no puede ser, no ha de ser. El verdadero pueblo republicano tiene que levantarse alzado y en masa contra esa nueva política de Melquíades Alvarez y Azcárate, que tan bien sienta á la Corona. No, ni pensarlo, ¡que sólo con pensarlo se profanan nuestras honradas convicciones, nuestras santas ideas republicanas. Con la Monarquía no, no, no: nunca, nunca, nunca: jamás, jamás, jamás. ¡Oh, sí! La República será en España, el Pueblo la quiere y luchará por ella. La República será, en contra de lo que piensen los jefes y á pesar de los jefes...

El silencio de mi amigo fué por esta vez definitivo; sus palabras me evocaron aquellas sublimes del gran Costa: hay que odiar y maldecir. Yo le respondí á mi amigo con brevedad.

—Los verdaderos republicanos—le dije—tienen que estar contigo; en cuanto has dicho palpité el alma de las muchedumbres republicanas.

Y por un instante quise ven á éstas haciendo uso de la indiscutible soberanía; y hasta quise oírlas decir con dureza y energía:

—Basta ya. La farsa acabó. Ahora empieza la tragedia.

MANUEL GOMEZ URQUIA

Gijón, Enero, 1913.

Los "papas" extranjeros

El gobierno ha indultado al soldado protestante del Ferrol que no quiso arrodillarse en misa.

Al dar la noticia á la prensa, Romanones ha tenido cuidado de advertir, que para la concesión de la gracia se han tenido en cuenta las instancias de ciertas entidades extranjeras, esto es, de los Papas protestantes.

Con lo cual los pobrecitos protestantes quedan equiparados á los católicos en esto de tener patronos ultramontanos.

Los únicos que quedamos indefensos, somos los españoles que no tenemos Papa fuera de España; por donde salimos de Málaga, para entrar en Malagón. No queríamos un Papa y vamos á tener una docena.

¿A quién elegiré yo para que me patrocine?

Mi dios, según dicen los neos, es Satanás; pero ¡ay! como Satanás no tiene Vicario conocido en la tierra, no sé cómo diablos me voy á arreglar.

En fin; sea lo que Dios quiera.

Diario de un Coplero

POR SEVILLANAS

«En la parroquia de S. Roque ha ocurrido un suceso curioso. Llegaron á casarse dos novios, que habían concertado con anterioridad con el párroco los gastos de la ceremonia en 14 pesetas.

En el momento de ir á celebrar el acto del matrimonio; el cura pidió 16 pesetas más, y como el novio no llevase dicha cantidad, aquél se negó á casarlos, á pesar de la promesa de pagarle dicha suma.»

(De nuestro corresponsal en Sevilla.)

«Arenal de Sevilla,
Torre del Oro,
donde las sevillanas
juegan al toro»...
¡Con qué frescura:
«sin dinero no hay boda»,
decía un cura!

Párroco de San Roque:
si á los pobretes
no los casas por menos
de seis duros,
cierra tu archivo
parroquial: ¡que eres muerto,
por ser tan vivo!

Como los demás curas
sigan tu ejemplo
para hacer matrimonios
nadie irá al templo.
Se irá la gente
«por detrás de la iglesia»,
sencillamente.

Si no dando seis duros
á nadie casas,
del «pie de altar» tus rentas,
serán escasas,
y tus negocios
los echarán por tierra
«socias» y «socios».

Párroco de San Roque:
no seas «primo»,
porque así contribuyes
al dulce «arrimo»
de los mortales
que pensaban unirse
con esponsales.

Si con tus feligreses
á mal te pones,
siempre tendrás cerradas
la velaciones,
y, acaso tarde,
verás que no hay más cera
que la que arde.

Párroco de San Roque:
no hagas el tonto,
y al que quiera casarse
cásalo pronto;
¡porque hay Juzgados
«do», los que entran solteros,
salen casados!

Sacrifica un poquito
tus intereses,
á fin de que no aprendan
tus feligreses
que por diez reales
los casan los Juzgados
municipales.

Párroco de San Roque:
no hagas el oso,
¡que puedes arruinarte
por ser «ansioso»!
Con esa tasa
que pones á las bodas...
¡¡ni Dios se casa!!

CARLOS MIRANDA

El Liberal.

¡Tomad jesuítas!...

¿Que no vamos derechamente á la democracia? Pues ahí tienen ustedes otra prueba.

El jesuita Coloma, metido en la Academia de la Lengua; y el jesuita Fita, colocado como presidente de la Real Academia de la Historia.

Con esto y con ver á Maura haciendo ejercicios espirituales en Chamartín, y á los testamentos cayendo por docenas en las notarías jesuíticas... ¡Vaya, que si; que vamos á la democracia!

España jesuítica: *perinde ac cadáver*, ¡¡muerta!!! con gorro frigio y bonete, que el Congreso de los Diputados puede colocar de caperuza á los leones de su puerta principal.

Cavilaciones

D. Javier Ugarte fué nombrado ministro de la Gobernación el día 22 de Octubre de 1900, dejando de serlo el 5 de Marzo de 1901. El día 16 de Diciembre de 1904, y quizá por lo bien que lo hizo la vez anterior—aunque de ello no hay noticia—fué nombrado ministro de Gracia y Justicia, siendo declarado cesante el 23 de Junio de 1905.

Como ministro ha cobrado este personaje que supo inmortalizarse asociando su nombre al de Ferrer, 27.500 pesetas; como ex ministro, y hasta el miércoles 22 del corriente Enero de 1913, llevaba «devengadas» 85.000 pesetas; es decir; que hasta la última fecha los servicios que este ilustre hombre—adjetivo mínimo de un ex ministro—«prestara» á la nación desde los departamentos ministeriales, nos salen á 25,51 pesetas diarias.

El Sr. Ugarte, por más señas académico de Ciencias Morales, es hombre austero, tan austero que hace tiempo publicó una colección de poesías—que no he-

mos leído—titulada *Ascéticas*, y para mayor prueba de la supradicha austeridad, añadiremos que hace pocos meses apareció la segunda edición de las suprescritas *Ascéticas*.

Como 7.500 pesetas de cesantía cada año parece que dan poco de sí cuando «se es» todo espíritu, cuando se vive en esírechez y ascetismo, el Sr. Ugarte es también consejero de ferrocarril, por lo que suponemos que percibirá alguna retribución. Y como aun con este reparillo y algún otro que quizá ignoremos, todavía parece que no basta para una vida lo que se dice de padre del yerno, pues el Sr. Ugarte ejerce la abogacía—lo que algunos encuentran censurable porque fué ministro de Gracia y Justicia y no recordamos qué cosa gorda del Tribunal Supremo.

Pues bien, este académico, consejero y ex ministro, tan abstraído anda en el combate descomunal contra los viles apetitos de las masas incultas y descreídas, que una ó dos veces se equivocó al extender minutas de honorarios de abogado, poniendo cantidades que le parecieron un poquitín excesivas al parroquiano... y también al colegio de abogados, que rebajó la tara...

Pues señor, al llegar á este trance se nos acaba el hilo, y no sabemos qué decir; así que vamos á recordar que en un discurso de los buenos ha poco leído, erite Sr. Ugarte censuró con merecida dureza el egoísmo de las masas sindicalistas, las cuales masas no miran más que para sí, cosa que no está ni medio bien.

Y recordado esto, escribimos 25,51 pesetas en tipo negro, que es la cantidad que hasta el 22 de Enero hemos entregado cada día los españoles al Sr. Ugarte en justo pago de haber sido ministro...

Y como seguimos no sabiendo qué decir, para estirar este articulejo, añadimos que un peón suelto gana ahora en la albañilería—claro es que cuando realmente hace de tal peón suelto, no cuando está cesante—hasta 2,74 pesetas; un peón de mano, 2,99; un ayudante, 3,97 y un oficial, 4,49.

De donde resulta que el trabajo de haber sido ministro once meses en dos «vegadas», reducido á metalico y á jornadas equivale á nueve días más tres horas del trabajo de un peón suelto; á ocho días y cuatro horas del trabajo de un peón de mano; á seis días y seis horas del trabajo de un ayudante de albañil, y á cinco días y cinco horas del trabajo de un oficial.

En 4.141 días de cesantía el ilustre señor Ugarte, poeta ascético y enemigo jurado de los egoísmos sindicalistas, lleva percibida la misma suma que un peón suelto laborioso puede ganar en 31.021 días y siete horas; un peón de mano, en 28.428 y una hora; un ayudante de albañil en 22.811 y seis horas, y un oficial, en 18.931 días justos.

Ahora se impone el comentario, y aquí sí que no vacilamos:

¿No se vé en todo esto «el dedo de la providencia» premiando á los altruistas y

astigando á los egoístas, «al par que» rebeldes é irreligiosos?

EL ARRAEZ MALTRAPILLO

Obra de misericordia católica

En el Breviario Romano, libro que, como es sabido, los sacerdotes están obligados á leer diariamente en el oficio del día 30 de Mayo, conmemorativo del rey Fernando III de León y Castilla, conocido por la Iglesia con el título de *santo*, se lee que «se mostraba tan piadoso, que cargaba con sus propias manos la leña destinada á las hogueras donde eran quemados vivos los herejes.»

Es el modelo que la Iglesia presenta á los reyes de España. Y si no, no son santos.

Entierro civil de un presbítero

Segismundo Prat y Orri

Ha fallecido en Barcelona el Beneficiado de la Merced, vicario que había sido de Monistrol de Montserrat, fundador de varias instituciones católicas, y familiar del Obispo de Astorga.

Perseguido por las autoridades eclesiásticas, los últimos años de su vida han sido grandemente trágicos. Ha muerto asistido de la caridad del pueblo liberal de Barcelona, que le salvó del hambre, en tanto que el Obispado le tiene retenidas las rentas del beneficio de varios años, mediante un pleito que según los cánones ha prescrito en favor de la víctima, y que el tribunal de la Rota lleva dos años entretenido en apelación, con soberano sarcasmo de las Regalías, de la Disciplina y de la Miseria.

Ha muerto dentro de la moral de la Iglesia y fuera de su inmoralidad disciplinar. En sus últimos años su vida ha sido de un ascetismo extraordinario, consagrada totalmente á los enfermos y presos, víctimas de la reacción jesuítica. Este amor á las clases oprimidas, que era la acusación viva de la falta de fe y cristiandad de los demás clérigos, fué la causa de sostener contra él un odio que ha llenado de escándalo la ciudad condal durante muchos años.

Ha fallecido rechazando los sacramentos del clero oficial, que tenía por encarnación el Anticristo, rehusando los funerales de la Iglesia y confiniéndose á la caridad del pueblo.

Su entierro ha sido civil, á pesar de los intentos del Obispado, que no ha podido impedir el espectáculo de un presbítero que en la hora de la muerte proclama con valentía la injusticia y maldad de los explotadores de la religión.

Según las noticias de EL MOTIN, el difunto ha debido disponer en su testamento (si lo ha hecho), que una casa de su propiedad, sita en un pueblo de la montaña de Cataluña, sea destinada á escuela

laica, y que se apliquen al coste de sus gastos los demás bienes que poseyera, y las rentas del beneficio retenidas por la curia eclesiástica.

Mucho ha dado que hacer á los tribunales monárquicos y eclesiásticos la persecución de Prat, y mucho se ha ocupado de él la prensa. Todavía se han ocupado más en sus cavernas las gentes de sacristía, y se ocuparán todavía algunas columnas de periódicos.

La prensa clerical tascará el freno, como en lo de Mir y de Martinón.

La gran prensa honrará con el silencio esta atrocidad eclesiástica. La prensa liberal que lo sea de veras, no dejará secuestrar al público la historia de Prat, que ha de ser el terror de los beneficiados de la Merced, de la curia eclesiástica y del neismo todo de Barcelona.

El pecado del talento

Es el único que la Iglesia no perdona jamás, y para el cual no hay tasa de absolución en su santo tribunal. La historia del catolicismo es una demostración perenne de este aserto: el genio, los cerebros que no han querido vaciarse en los moldes preparados por la rutina, la independencia intelectual ha despertado todos los odios y todas las iras eclesiásticas, y todas las víctimas que *pensaban* han sido sacrificadas sin escrúpulo, hayan sido seculares ó eclesiásticas.

Como EL MOTIN es leído por centenares de curas y frailes, tenemos cuidado especial en hacer desfilar por estas columnas cosas que interesan de un modo especial á los de la clase. Hace poco hablábamos de la triste odisea del cura Fabrizio; hablemos hoy de la apostasía forzada del P. Ghignoni, especie de P. Mir italiano, aunque más bravo y decidido que el jesuita español.

Los jesuitas son hoy los amos y árbitros de la Iglesia; apoderados del rudo caletre de Pio X, y dueños absolutos de los cardenales Merry, Vives y Cai, que son sus marionetas, movidos á su antojo, no pudiendo hoy abrasar á sus adversarios, matan sus almas, honor y tranquilidad. Para todo aquél que promueva estudios históricos y científicos, ó hable con estimación de hombres doctos que no están unidos á su carro, tienen preparado el estigma de *herejes*. El presunto culpable es perseguido sin piedad bajo todos los aspectos y en todos los terrenos, sin consideración alguna á la obra que ha realizado: no se trata de discutir con él, sino de hundirle y aniquilarle.

Todos sus esfuerzos los emplean ahora en sofocar una corriente de ideas nuevas que tienden á purificar y sanear á la Iglesia de todas las corruptelas que la han divorciado del Evangelio. Las persecuciones vaticanas ó jesuíticas (tanto monta) se realizan siempre en la sombra y en el silencio, sin ruido; el objeto es que consigan su fin, que es interrumpir ó anular por medio de la calumnia la obra reformadora de aquellos *indignos* y hacerles perder el aprecio y simpatías que despiertan en todas las clases sociales.

Bien fresca está la persecución del doc-

to P. Semeria, religioso barnavita, desatada por los jesuitas de Italia, que consiguieron que un obispo condenara las obras de este fraile, sin haberlas leído ni visto ni por el forro; pero el P. Semeria se trasladó a Bélgica, y allí está obteniendo un éxito ruidosísimo con sus libros y conferencias: esta presa no ha podido ser pulverizada por el martillo jesuítico. Ahora le ha tocado el turno al P. Ghignoni, á quien ha herido la Compañía escondiendo la mano, según su método tradicional, aunque impotente en lo que se refiere á las ideas, porque ninguna tiranía humana ha podido encontrar todavía la llama, suplicio ó guillotina que pueda matarlas. Si la idea es verdadera, triunfa siempre; si es falsa, cae en el olvido y la muerte.

El P. Ghignoni es un escritor elegante, un orador brillante, un carácter enérgico y una conciencia recta que no se doblega por nada ni por nadie. Con estas cualidades era bien lógico suponer que chocaría bien pronto con la Iglesia. En Roma fué durante muchos años director del Instituto *Angelo Mai*, en el que enseñaba literatura italiana, y en el que dejó muchas simpatías y renombre. Habiendo trasladado su residencia á Venecia, el Patriarca de aquella ciudad, muñeco de los jesuitas, viéndolo en este hombre una alta inteligencia y una sólida cultura, pensó: «aquí hay un hereje», y lo tomó entre ojos, lo vigiló de la manera cínica y ofensiva que usan los obispos, y puso un espía continuo á su actividad intelectual, enardecido por los jesuitas que querían á todo trance el exterminio del P. Ghignoni. Este despreocupado al principio esta lucha innoble, indigna de almas rectas, y no hizo caso de las bajas intrigas que bullían del palacio patriarcal; más tarde, acosado, respondió á los aullidos y dentelladas de la jauría jesuítica con fortaleza y valentía, y por último, (la prudencia y la dignidad humana tienen un límite) se declaró en lucha abierta contra el Patriarca de Venecia, que lleno de júbilo le suspendió á *divinis*, llenando de regocijo á los jesuitas, causantes únicos de esta persecución odiosa.

El P. Ghignoni no es de los que se arredran fácilmente, y enseguida ha abierto en Venecia una *Casa de familia* á estilo inglés, que ha sido muy bien acogida por los venecianos, y libre ya de las trabas que la Iglesia pone á todos los hombres de preclaro ingenio, se ha entregado de lleno á sus trabajos literarios. El P. Ghignoni es colaborador asiduo de las revistas *Ateneo*, *La Cultura*, *Rassegna Nazionale* y *Vita*; es autor de los notables libros *El cristianismo en el arte*, *El departamento Borgia en el Vaticano*, *Precursor y precursores* y del *Manual de Epicteto*.

Nosotros, que disintimos de muchas de las ideas directivas y particulares del citadillo eclesiástico y de otros reformadores modernos de la Iglesia católica, no podemos menos de reconocer que este sacerdote, y los que sustentan ideales afines al suyo, constituyen las personalidades más cultas y prestigiosas del campo religioso; y encontramos lógico que el Vaticano, mandriguera de tanto idiota encanallado, los persiga sin descanso, y sin reparar en los medios, por odiosos que sean. Pero el público y la Prensa mundial ven y observan estas cosas, cuyo fruto inevitable es el aumento de la antipatía y odiosidad con que se mira á la Iglesia en las naciones cultas, que más ó menos tarde la repudiarán en absoluto. Que sea pronto es lo que deseamos. —FRAY GERARDINO.

La ley de libertad de conciencia

La moral oficial de España es la moral católica. La moral católica enseña que no es lícito adorar objeto alguno que la conciencia del individuo reputa ser idolo de la ignorancia, y que si se hace á pesar de esta convicción, se comete gravísimo pecado de idolatría.

A pesar de lo cual, fué condenado el soldado del Ferrol por no arrodillarse ante un objeto que cree idolátrico.

En el Código penal se castiga como delito el acto de forzar á un ciudadano á ejecutar actos de un culto que no profesa. A pesar de lo cual, á diario los tribunales condenan á ciudadanos por negarse á ejecutar el acto de culto de descubrirse ante las procesiones católicas.

En vez de llamar *atropello* y atentado contra la libertad de conciencia á la pretensión del clero de obligar á un incrédulo á rendirle acatamiento público, la justicia española llama *escarnio* al acto de negarse al atropello.

Para el escarnio parece que se necesitara un *acto positivo*... y es al revés en la práctica judicial: basta un *acto negativo*.

Ahora dícese que el gobierno liberal va á darnos una ley que ponga término á tales absurdos.

Quedaremos como estamos, si el texto no dice lo siguiente:

«Será castigado con la pena de *tal* y la multa de *tanto*, el ministro del culto que intente de palabras ó obra atropellar al ciudadano, obligándole á ejecutar actos en favor de un culto que no profesa.»

Un legado al Papa

«En Noviembre de 1906 falleció en Roma el cardenal Luigi Tripepi y dejó un testamento ológrafo otorgado en 1904, que decía en sustancia: «Nombro heredero universal al Pontífice Pío X ó al que ocupe la silla de San Pedro en la época de mi fallecimiento.»

La cosa no podía estar más clara; pero había una gravísima dificultad. El Vaticano desde luego quería la herencia, pero para aceptarla necesitaba la autorización de la potestad civil, según se halla establecido en las leyes de este país, lo mismo para esa que para otra entidad eclesiástica.

El sobrino del cardenal, heredero despojado de esos varios millones de liras, no podía oponerse al testamento; pero esperó que la Santa Sede pidiera la autorización civil, y visto que no lo hacía, interpuso demanda, pidiendo que se le entregase la herencia por no cumplir el Vaticano los requisitos legales, lo cual implicaba una manifestación tácita de renuncia.

Pero ante tal amenaza surgió Merry del Val, y como representante de la Santa Sede se opuso á la demanda, alegando que en el testamento había una verdadera institución de heredero en favor de Pío X, en el siglo José Sarto, esto es, á favor de un particular, y que, por tanto, no era necesario pedir autorización.

La sentencia de la Audiencia de Roma,

como era lógico, ha sido contraria á la pretensión vaticana, porque en el testamento no se deja heredero á José Sarto, sino al Pontífice actual «ó al que ocupe la Silla de San Pedro en la época de muerte del testador». Manifiesta esa sentencia que la Santa Sede tiene que someterse á las leyes vigentes y la condena á las costas.

Pero Merry del Val no se ha dado por vencido y recurre en apelación al más alto Tribunal del reino, al Supremo de Roma.

¿Se someterá el Vaticano en caso de confirmarse la sentencia? Sería una claudicación y antes perderá todos los millones del mundo. Lo cual vendrá muy bien al sobrino, que se encontrará dueño de un crecido caudal, pese á la voluntad de su buen tío el purpurado Tripepi.

Como se ve, la Iglesia continúa despreciando los míseros bienes terrenales, fija su mirada en los eternos.

Un cardenal que reune y conserva millones, mientras millares de sus hermanos en Cristo mueren de hambre...

El jefe visible de la Iglesia pleitando porque se trasladen á su bolsillo...

Y millones de imbéciles repartidos en varios puntos del planeta, creyendo que el pobrecito Papa no tiene dos reales, y dispuestos á escabechar á todo el que no crea y confiese que la religión cristiana es la del pobre y el desvalido...

Todo esto me inspira esta pregunta:

¿Será el planeta Tierra el manicomio de la creación?

La perfidia romana

Como baza ganada por los liberales en sus negociaciones con Roma, háse apuntado el convenio ó pacto ó trampantojo por virtud del cual en España no podrán establecerse nuevas órdenes religiosas sin autorización de Papa y del Estado.

¡Triunfo del Estado! gritan los liberales memos, sin saber lo que dicen.

¡Triunfo del Vaticano! gritan en la Nunciatura. Y aquí tienen razón.

Porque, por virtud de tal pacto, el Papa se hace *copartícipe en la soberanía nacional* sobre todas las órdenes religiosas:

La trampa es la siguiente:

«El Estado español no podrá autorizar el establecimiento de órdenes religiosas, sin autorización del Papa.»

Y en términos más claros:

«Las órdenes religiosas que quieran establecerse en España, habrán de comprar la autorización del Papa, por el precio del arancel pontificio, reservado á toda fiscalización. Todos los frailes y monja tributarias y feudatarios de Roma, que es lo que importa.»

Estos liberales son verdaderos diablos.

Las derrotas más vergonzosas se les convierten en éxitos diplomáticos.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de lre-nias», todas por Nakena.

EL MOTIN



PERSECUTOS COMETIDOS POR LOS CARLISTAS EN RIPOLL EL 22 DE MARZO DE 1873.
Ayuntamiento de Madrid

La lámina de hoy (1)

En la noche del 22 de Marzo de 1873, Savalls, Barrancot y Torres, con sus facciones hasta el número de 2.000, atacaron las débiles fortificaciones de Ripoll. Estaban éstas dispuestas para la fusilería; así es que pronto fueron destruidas por el fuego de un pequeño cañón de cobre.

A pesar de la desigualdad de fuerzas, bien puede decirse que la victoria estuvo de parte de los pocos que en defensa de la libertad murieron como valientes, víctimas de su arrojo y de su tenaz resistencia.

Durante la noche del 22 y la mañana del 23, Savalls mandó demoler los puntos fortificados, escasos por cierto.

Penetraron dentro de la población los carlistas a las diez de la mañana del 23, en número de 200, al mando de Savalls, a quien acompañaban el titulado infante D. Alfonso y su esposa.

Veintiseis horas duró el ataque en el interior de Ripoll, en cuyo tiempo se dieron los carlistas a la santa tarea de incendiar varios edificios, valiéndose del petróleo, teniendo la sección de incendiarios magistralmente montada con sus aparatos y geringas para rociar científica e instantáneamente los edificios; el personal de este cuerpo facultativo era, en general, extranjero y perfectamente amaestrado.

Y, cosa singular é inusitada tratándose de carlistas; dueños por fuerza de honras, vidas y haciendas, al incendio precedió el robo, y consecuentes con su acostumbrado respeto a todo lo ajeno, se entregaron a la más desvergonzada rapiña.

Horas infernales fueron para los habitantes de Ripoll las que permanecieron en la población las hordas carlistas; ni les ruegos, ni las súplicas, ni aún las lágrimas de pobres mujeres que con sus hijos en brazos impetraban misericordia y piedad, fueron bastantes a desarmar el furor de los defensores de la santa causa.

Que en defensa de esa causa robaban, mataban é incendiaban, lo prueba el que ni aún el templo santo, la casa de su Dios se libró de sus atropellos y excesos.

Tras heroica defensa en las calles, llevada a cabo por los carabineros, que en las veintiséis horas que duró la lucha, dispararon más de 13.000 tiros, nueve carabineros, un soldado de Saboya y dos de San Fernando, enfermos y extenuados por la dureza y larga duración de la lucha, se refugiaron en la iglesia de San Eudaldo, único punto que quedaba por defender, y al que no habían atacado aún los carlistas.

No contaban, ¡infelices! con que aquella chusma no respetaba ni a su Dios, y resistieron valerosamente sus embestidas.

Pero todo en vano: el cuerpo de incendiarios pasó a ejercer allí sus funciones, y en breve espacio de tiempo, la iglesia de San Eudaldo era pasto de las

llamas, quedando sólo las paredes. Dos de aquellos héroes murieron asfixiados por el humo, y los nueve restantes fueron hechos prisioneros, teniendo el santo Savalls el santo placer de fusilarlos a vista del vecindario y los anteriores prisioneros; y así quedó vengada la muerte del hijo del cabecilla Barrancot, ocurrida en el ataque a la iglesia...

Al tener el brigadier Martínez Campos noticias del ataque a Ripoll, se dirigió a defenderlo con su columna, y los héroes carlistas tuvieron el buen acuerdo, al divisarlos; de emprender la retirada con gran celeridad hacia Capdevanoll, donde viéndose perseguidos por las fuerzas de Martínez Campos, antes de abandonar a los infelices prisioneros que en número de quince llevaban entre dos filas, maltratándolos cruelmente, los asesinaron con horribles refinamientos de crueldad.

De ellos, doce eran carabineros, y un cabo y dos soldados de Tarifa...

Ese era Savalls, ese D. Alfonso, esa aquella D.^a Blanca, esos los carlistas y esas sus hazañas.

¿Quién entre ellos fué más cruel, más salvaje, más criminal, más ladrón, más incendiario, más carlista?

Sospecho si en la corte de Estella se ofreció en secreto un premio al general ó cabecilla que demostrase ser más infame que los demás. ¿A quién se le abjudicó? A ninguno; porque se excedieron los unos a los otros en crueldad... Todos probaron su aptitud para obtenerlo, pero el concurso quedaría desierto por no saber cuál de ellos lo hizo mejor.

¡Héroes de Ripoll! ¡Bendigaos vuestra ciudad y bendigaos vuestra patria!

Todo para ella

En un mismo día publicó la prensa de Barcelona estas dos noticias:

«La familia Fábregas ha ofrecido a Nuestro Señor de la Merced un estuche conteniendo valiosas joyas de oro con diamantes, brillantes y topacios.»

«Los albaceas testamentarios del difunto deán de esta Catedral, doctor D. Magín Robert, han hecho el donativo de un precioso cáliz de oro para el culto de la patrona de Barcelona.»

Aquí de mi antiguo estribillo:
La Iglesia se nos come.

Lo primero es lo primero

Si no miente la cronología, hace mil novecientos trece años, mas unos días, que Jesús de Nazareth, hijo de Dios, vino al mundo para predicar una religión de paz, amor y caridad.

Si no mienten las estadísticas, actualmente profesan la religión cristiana 560 millones de humanos, y 270 la católica,

que es la única verdadera, como se sabe y declaran los católicos, que son testigos autorizados y de «mayor excepción» en este asunto.

Si no miente la Historia, desde Recaredo—año 590—la religión del Estado en España es la católica. lo cual supone, si no miente la aritmética, que somos católicos y mandan católicos a machamartillo desde hace mil trescientos veintitrés años.

Respetuosos con la religión de nuestros mayores—que es la única verdadera, y van dos—en vez de dedicarnos a dudar de su eficacia, como hombres que dan lo suyo a cada cual, pensamos que en otros mil añetes de dominación espiritual quizá llegue a lograr la supradicha religión que eso de la paz, de la caridad y del amor sea un hecho en este rincón del planeta.

Porque, señores, ciudadanos y compañeros, hay que ponerse en razón, y ponerse en razón es declarar paladinamente que trece siglos y cuarto son muy poco tiempo para remediar ciertos males. males que, si bien se mira, son insignificantes, porque la verdad es que podríamos comernos los unos a los otros, y, sin embargo, esto no suele ocurrir, al menos que se sepa.

Los descontentos, que siempre los hay, dicen que está mal eso de que cada día mueran en España de inanición cuatro personas y pico, habiendo, como parece, comida de sobra, y siendo la caridad una de las «características» de la religión católica.

Y, ya puestos en el camino de los reparos, trinan contra el hecho de haber miles, millones de españoles que padecen hambre, frío y desnudez, y eso que trabajan, mientras que otros miles—¡nada de millones!—, en cambio de holgar, se ven más que ahitos y confortablemente instalados en la vida, encontrando que esto no rima con aquello de «ama al prójimo como a ti mismo».

Ciertamente que estas cosillas y otras que se omiten no están bien, ¿pero es que sólo en trece siglos y cuarto podía poner remedio a ellas la religión mejor que se conoce y, por de contado, la única verdadera, y van tres?

Esos tales que declaran fracasada la religión oficial desde Recaredo hasta nuestros días, olvidan que anduvieron sus ministros y los fieles de veras muy ocupados en volver al redil a las ovejas descarriadas: antes de la Edad Moderna, mediante muy saludables matanzas de judíos y de moros, con lo que de paso se liquidaban ciertas cuentecillas de dinero; después, con la expulsión de judíos y moriscos—para que España quedara lo que se dice hecha una balsa de aceite y se realizaran buenos negocios con los bienes de los expulsados—, y cuando los señores Reyes Católicos inventaron ó plantificaron la Inquisición, quemando herejes, de los cuales cayeron 3.1628 en trescientos veintisiete años, con más 308.211 que purgaron en la cárcel el horrendo delito de no querer comer tocino

(1) La lámina de este número está copiada de una que publicó La Campana de Gracia, de Barcelona.

y otros no menos graves, y á los que les tuvieron confiscadas las haciendas.

Y si anduvo ocupada la gente religiosa de verdad en estas edificantes faenas durante tantos años, ¿cómo iba á quedarle tiempo y humor para convencer á los ricos de que son los administradores de los pobres, como dijo piadosa, evangélica, denonada é inutilmente León XIII, que era tan infalible como su antecesor Pío IX?

Es ahora y apenas si tiene un momento de vagar la Iglesia. Que si hacerse cargo de esta herencia; que si recaudar dinero para concluir aquel templo; que si arbitrar recursos para levantar estotro convento; que si buscar metales para crear una escuela frente otra protestante ó laica ó del Estado; que si levantar fondos para regalarle una corona de las buenas á esta virgen; que si abrir una suscripción para una fundación piadosa; que si organizar una rifa para esplendor de esta novena; que si rascar el bolsillo de los fieles para que no perezca la buena Prensa; que si el dinero de San Pedro; que si...

Háganse cargo los descontentos de que esto no es vivir, y comprenderán que la subalterna ocupación de procurar algún bienestar á los fieles necesitados habrá que dejarla para más adelante.

¡Y si fuera eso sólo! Pero ¿dónde me dejan ustedes, señores míos, la tensión de espíritu que supone el estar á la mira de si enferma algún impío para convertirle á última hora, no sólo en bien de su alma, sino para mayor lustre y esplendor de la religión católica, que es la única verdadera, y van cuatro?

¿Y el estar ojo avizor para que ni un sólo cadáver vaya al Cementerio civil con lo que, en efecto, todos quedamos convencidos de que la religión de nuestros mayores suda el quilo y se afana porque todos seamos buenos, justos caritativos, humildes y como dicen que manda Dios?

Un poco de paciencia, y todo se arreglará. Sean resignados los de abajo; vean con piadosa mansedumbre cómo sus hijos pasan á mejor vida por mor de la escasez de nutrición; no se quejen ni protesten cuando sufran hambre, desnudez, desamparo y fatiga; sean buenos cristianos cuando la edad los arroje del taller; piensen que aunque á los ricos les vaya bien con todos estos males y con esta resignación y mansedumbre, la bondad de Dios es infinita.

Y tan pronto como no quede un descuido para un remedio, como se erijan las sesenta ó setenta mil iglesias que faltan y los quinientos ó seiscientos mil conventos que urgen, se cierren las escuelas del Estado, laicas y protestantes—con lo que se excusarán gastos por este renglón los fieles; cada santo y cada virgen disponga de media docenita de coronas de oro y pedrería y de tres ó cuatro docenas de mantos, capas y ternos de brocatel, damasco y más pedrerías; la buena prensa en lugar de tiradas que son una mala vergüenza, cuente los lectores

por millones; el Papa se vea libre de su cautiverio, etc., etc., el negocio de poner no ya lenitivo y cura, sino acabamiento á los males sociales, será asunto de coser y cantar, que por algo la religión de nuestros mayores es la única verdadera, y van cinco.

¡Hay que ponerse en razón!

J. J. MORATO

El Vaticano

No contento con el *Dinero* de San Pedro, ni con los jubileos, ni con los productos de birretes, mitras, títulos pontificios, preces y demás socaliñas, el Vaticano acaba de inventar otra, en forma de tributo capital y personal, ó sea, una contribución anual de veinte francos (cuota mínima), que *de su voluntad* pagarán los clérigos del orbe á la Santa Sede.

Y como quiera que las *facultades y gracias* pontificias se concederán seguramente á proporción de este *óbolo*, podemos suponer que el más tacaño pagará cuando menos un centenar de francos al Pontífice, para poder disfrutar todos los privilegios de la *Bula* esta de nueva invención.

Siendo unos quinientos mil los presbíteros en funciones, este arbitrio producirá al Vaticano, una renta saneada de cincuenta millones de francos al año.

¡Y pensar que Cristo fué vendido por treinta duros, con túnica y sandalias inclusive!...

* *

La idea la ha propuesto al clero francés, que ahora está sin sueldo, el órgano papisero *La Croix*, recientemente condenada por difamación.

¿Quien será el diario que en España iniciará tan feliz idea, ganándose el título de «diario pontificio?»

Ea, señores de *El Universo*, del *Siglo Futuro*, de *El Debate*, de la *Lectura Dominical*, de la *Gaceta del Norte* y demás papeluchos órganos de la clerigalla... ¡A propagar la idea de que apunten!

Cada curruca saltatumbas...	20	pts.
Cada coadjutor y capellán...	100	»
Cada párroco y beneficiado...	200	»
Cada canónigo y arcipreste...	500	»

No desaprovechéis ¡oh católicos indiferentes ó remisos, esta proposición de EL MOTIN.

Será ésta una campaña motinesca de veras...

Ya estoy viendo á curas y amas echar los pies por alto cuando traten de cobrarles el nuevo subsidio.

Filosofía barata

Delitos de opinión

Se anuncia para dentro de pocos días un amplio indulto (1) por delitos de opinión.

(1) Ya se ha dado.

Pero ¿es que todavía es un delito el opinar? ¿Es que la libertad de pensamiento no se halla consignada y promulgada al frente de nuestro primer Código? ¿Es que en los días del teléfono y del aeroplano puede ser perseguido un hombre como en tiempos de Sila ó de Caracalla?

La libertad de pensamiento no es solamente el postulado de todas las revoluciones ideológicas y políticas, sino el principio puro, inmanente, de toda la filosofía del Derecho. La justicia del siglo xx, en encarcelando á un hombre porque piensa, no es menos bárbara y pueril que Jerges apaleando al aire porque sopla. El aire ha conquistado sus derechos: el pensamiento, no. ¿Qué es de la frase progresista de Pelletan?...

¿Como ha de marchar el mundo mientras el pensamiento humano puede ser de tenido como un ratero y encarcelado como un asesino ó como un ladrón? ¿De qué podrá alabarse nuestra ufana jurisprudencia, mientras al recorrer las cárceles se encuentren, entre hombres que asesinaron y que robaron, hombres por sólo hablar ó escribir?

«A nadie se encierra por respirar»—*Silvio Pellico*.

Sin embargo, con los delitos de opinión se da el repetidísimo fenómeno de que alarman á ciertos elementos mucho más que las otras formas delincuentes. Hay gentes impasibles ó indiferentes al crecimiento de los llamados «delitos de sangre»; para esta clase de delitos, ó son mudos ó desiduosos. En cambio en cuanto un malestar social ó político determina lo que llamamos Rousseau «palpitaciones públicas», los impasibles se conmueven y los indiferentes se alarman. Un toque de rebato suena en los campanarios intransigentes, y Sila, desde su bufete ó desde el Club, manda á sus tabularios que escriban los edictos de proscripción.

Entonces llueven los sofismas.—«Verdad es—dicen—que acatamos la libertad de pensamiento: pero la libertad, no es el libertinaje.» Y tras la exaltación del lugar común, dan media vuelta, triunfalmente.

En la interpretación legal estos delitos de opinión son aún más desdichados que los delitos contra la propiedad y contra las personas. Un ladrón, en tales ó cuales circunstancias, es condenado por la Audiencia de Madrid á tantos años de presidio. Otro ladrón, si las circunstancias son idénticas, es condenado por la Audiencia de Jaén á los mismos años de presidio.

Pero un orador dice en un mitin de Madrid tales y cuales cosas contra el régimen, y luego va á Granada y repite en contra del régimen las mismas cosas, y es condenado el mismo orador, por las mismas, idénticas palabras, á seis meses por la Audiencia de Granada y á un año por la de Madrid.

Un periodista escribe en Madrid el artículo A; el fiscal de Madrid lee el artículo y no le encuentra nada de particular. Pasa un año y aquel artículo va rodando, de diario en diario, por media España; pero un día, un diario de Valencia reproduce el artículo tan campantemente, y el fiscal de Valencia, lo denuncia y el periódico de Valencia es procesado.

Si un fiscal no halló nada en el artículo, y el otro lo encontró punible, ¿cuál de los dos fiscales procedió en justicia, y cuál contra justicia?

¿Es que puede prevalecer una legislación tan ambigua, que tenga en un constante equívoco á sus intérpretes? ¿Es que en es-

ta legislación hay ni un asomo de justicia, ni menos de seriedad? ¿Es que pueden estar los escritores, ni los oradores, pendientes de que sus artículos ó sus discursos sean interpretados, no por un criterio legal, sino por cuarenta y nueve criterios, que, siendo todos muy legales, pueden ser todos muy distintos? ¿Es que nuestra legislación de imprenta no parece, en lugar de un Código, una tabla de logaritmos?... Bien están, generosamente inspiradas, las campañas contra la absurda ley de Jurisdicciones. Pero ¿no sería mejor gritar, con Nelsson: «¡A los cascotes!»? ¿Han meditado bien las izquierdas el falseamiento constitucional de los derechos de opinión? En la Constitución vigente, el primer artículo dice que ningún español podrá ser perseguido por manifestar un pensamiento. En el Código penal vigente, la manifestación del pensamiento tiene una serie de limitaciones. En la interpretación del Código una fila, completamente autónoma, de fiscales. En las denuncias de fiscales, un bosque de procedimientos diferentes. «Dá bale D. Quijote á Sancho, Sancho á la moza», etc., etc.

Pues ¿y en la ejecución de las condenas? ¿Hay nada semejante en injusticia al hecho corriente de tener en la misma cárcel al hombre que escribió y al que asesinó? Si la misma jurisprudencia distingue los delitos, ¿cómo es que junta á las personas? Y si una cosa es escribir y otra asesinar, ¿por qué se infama de igual modo, tras los mismos cerrojos y con los mismos carceleros, al escritor y al asesino?

El hombre, cuando escribe ó habla, ejerce una función tan natural como cuando respira. ¿Por qué mezclar el anarquismo en las funciones cerebrales? Ese es el gran sofisma reaccionario. El anarquismo empieza precisamente cuando el cerebro acaba; cuando ni se habla ni se escribe. Lo que mata no es el artículo ni el discurso, sino la bomba ó el puñal. Si los anarquistas de acción escribieran ó discursaran, no habría ni puñal ni bomba. Ningún escritor, ningún orador, fué anarquista de acción jamás.

Cuanto á «la idea que arma el brazo», no entra en el campo fisiológico social. Está recluida en zonas anormales, y pertenece á los neurópatas y á los loqueros. Pero las leyes se hacen para los hombres, no para los locos. Y guarecerse tras de locos para que continúen la indignidad y la iniquidad encarcelandos hombres por que hablan ó porque escriben, equivale á ampararse tras las mujeres para continuar en un motín apedreando á la fuerza pública...

CRISTÓBAL DE CASTRO

Esta es la ocasión

En Beziers (Francia) ha producido gran sensación un milagro ocurrido en el cementerio.

Una mujer fué á rezar por sus muertos, y al salir detúvose ante la tumba de la familia Arnaud Palvagnac, para contemplar una estatua de Verjenboenboe. La estatua estaba completamente cubierta de musgo, y la mujer exclamó: «¡Pobre Santa María, en qué estado te dejan!» y sacó su pañuelo y la limpió completamente.

Apenas hubo terminado, vió que, aní-

mándose la imagen, puso una mano en el pañuelo y de sus labios de piedra salieron estas palabras: «Este lienzo será siempre sagrado. Consérvalo piadosamente; yo lo bendigo para premiar tu solicitud.»

Estupefacta la mujer ¿y cómo no? salió apresuradamente del cementerio, presa de vivísimo júbilo, costándole gran trabajo convencerse de que no había sido un sueño. Corrió á su casa, donde una hija suya pequeña estaba desde hacía meses clavada en el lecho, parálitica; sacó el pañuelo y lo colocó sobre la niña, que de repente comenzó á moverse y le vantóse andando fácilmente.

Numerosas gentes de la ciudad van en procesión al cementerio para rezar ante la imagen de la Virgen.

Como ando en acecho de una ocasión para convertirme, propongo lo siguiente te para hacerlo ahora.

Acaba de morir el obispo de Salamanca; traigan ese lienzo, pónganlo encima del cadáver, y si resucita, entono incontenti el *yo pecador*, y me retiro á un convento de cartujos.

Aprovechad la ocasión, estúpidos clericales.

¡Porque vaya si os producirán cuartos mi indecente palinodia!

EL DÍA DE LA TUBERCULOSIS

Ninguna persona de alguna cultura ignora que la tuberculosis, llamada también *peste blanca*, es hoy en España el más elevado factor de mortalidad; «un riesgo mutuo entre el individuo y la sociedad»: tal ha sido la definición dada por un afamado fisiólogo francés de tan terrible enfermedad y, sin embargo, á pesar de no sernos desconocida semejante amenaza á nuestra salud, ¿cuán lento es nuestro avance en la lucha contra el bacilo de Koch! ¿Qué exigüos los pasos dados y qué largo el camino á recorrer!...

Y esto es así, porque no basta que uno y otro día nos esforcemos los médicos por hacernos comprender, llevando á las columnas de los periódicos nuestras advertencias y consejos; si en nuestra labor de divulgadores no contamos de antemano con ese otro elemento indispensable para que llegue á ser diálogo lo que hoy no pasa de dulce soliloquio: la atención del público.

En tanto que las personas extrañas á la Medicina no lleguen á sentir la magna trascendencia que para la vida de nuestra patria, entraña la tuberculosis; mientras el 90 por 100 de los lectores de un periódico aparten su vista de lo por nosotros escrito, dando á entender que aquello no les interesa; en tanto que esto siga sucediendo, no podemos pensar sino en conseguir bien poca cosa en la ardua empresa que supone la campaña antituberculosa.

Cesen, pues, en lo sucesivo nuestras quejas y lamentaciones, ya que bien vista está su ineffectacia; acaben nuestras plumas de cantar las excelencias de las viviendas económicas, del abaratamiento de las subsistencias y demás *fantasmas*, hijas de nuestra exaltada imaginación, y procuremos hacer labor más positiva aprovechando la sublime lección dada por un pueblo culto, del que no poco tendríamos que imitar.

Nos referimos á la capital de Guipúzcoa, que ha sabido convertir en realidad una de las conclusiones aprobadas en el Congreso de la Tuberculosis, recientemente celebrado en dicha ciudad, destinando un día á la cuestación pública á favor de las instituciones antituberculosas.

El éxito, como no podía ser menos, ha superado con creces á las esperanzas de los organizadores de la humanitaria fiesta, que han visto irgresar en la caja del Comité más de 135.000 pesetas!, que les hará posible la extensión de la campaña y la creación de los servicios hoy indotados... ¿Qué ha sido preciso para llegar á tan brillantes resultados? La voluntad firme de unos cuantos hombres, amantes del pueblo, en colaboración, con el alma de la mujer, siempre dispuesta á cooperar con su decisiva influencia á cuanto signifique redención de mal... he ahí el milagro.

Y ahora, rendido el homenaje de nuestra admiración á la ciudad donostiarra, sentimos cómo de nuestra alma soñadora brota un impulso que la hace vibrar mientras la pluma escribe: España, Madrid...

¿Es que no es posible intentar en Madrid lo que ha llevado á cabo San Sebastián?

Una sola razón, muy poderosa á nuestro juicio, obligaría á la celebración de la tal fiesta, y es la necesidad sentida de la construcción de un Sanatorio para tuberculosos pobres, que acabara de una vez con el vergonzoso abandono en que tenemos á estos enfermos, á quienes el sol y aire puros libraría de sus padecimientos, cosa harto difícil hoy en que ni la Ciencia ni el esfuerzo del médico son capaces de contrarrestar el pernicioso efecto que sobre el débil ha de ejercer la mala disposición de las enfermerías en nuestros hospitales y la influencia morbosa de un ambiente envenenado por la respiración de más de 80 personas que conviven en un mismo espacio cerrado...

¡Piedad para los desventurados enfermos que, buscando curación á su tisis, ingresan en los noscomios, ignorantes de que allí, aun cuando pueda parecer paradójico, la muerte les acecha más de cerca!... ¡Piedad para cuantos desdichados sufren el contagio de la enfermedad en la sala del hospital, adonde les llevó enfermedad distinta!...

¿Y es posible que semejante estado de cosas pueda subsistir por más tiempo, sin que á remediarlo se apresten la mujer, el elemento oficial y cuantos viven en la villa y corte? ¿Será una utopía pensar que el día que así ocurra, el pueblo madrileño hará factible la construcción del Sanatorio en la hermosa Sierra de Guadarrama, ó en lugar próximo á ella?

Si creyéramos en la imposibilidad de ver realizado semejante proyecto, nuestra pluma no hubiera roto su silencio, y si lo rompimos, es porque está muy arraigada en nosotros la esperanza de que nuestro sueño de hoy será mañana un hecho. Por que ¿hay algo absurdo ó imposible en la iniciativa? Indudablemente, no; hay un *algo* difícil, cual es «el hacer ambiente, logrando antes la atención de aquellas personas que, por su ciencia y talentos, tanto influjo ejercen sobre la opinión, que hacen posible los mayores empeños... Procuraremos recabar el concurso de la mejor manera, es decir, solicitando su apoyo á la idea.

Esto aparte, y suponiendo—cosa lógica si se calcula la inmensa cuantía á que podía alcanzar la recaudación en Madrid, si á ella contribuíamos todos—construido el

Sanatorio, no tenemos, para atraernos la confianza del lector sobre la posibilidad económica de su mantenimiento, más que copiar las palabras contenidas en la memoria leída por el secretario general de la Comisión permanente contra la tuberculosis:

»Tomando en cuenta que los 70 enfermos tuberculosos que mantiene ordinariamente la Diputación de Madrid en el Hospital General, vienen á costar á la misma, en cifras redondas, 76.000 pesetas anuales...» y escribe, refiriéndose al Sanatorio: «Si calculamos que sólo habría quin-ce enfermos distinguidos, diez meses de los doce del año, y que pagarán una cuota tan modesta como la de tres pesetas diarias, vendría á resultar un ingreso, por este concepto, de 13.500 pesetas anuales que unidas á las 76.000 que hoy gasta la Diputación en los tuberculosos del Hospital General, suman 89.500 pesetas, suma respetable, que hace más defendible el proyecto de crear, en una ú otra forma, el Sanatorio Hospital para tuberculosos.»

Todo el problema del sostenimiento del nuevo Sanatorio se reducía, pues, á lo siguiente: prohibición de la entrada de enfermos tuberculosos en el Hospital General; supresión en dicho establecimiento de la dotación de 70 camas, con lo que el actual hacinamiento de enfermos no sería tan grande; inversión de ese mismo presupuesto en el Sanatorio...

Los maestros Jacinto Benavente y Mariano de Cavia, amparadorea de toda idea generosa; el doctor Moliner, á cuya noble iniciativa será debido un crédito para Instrucción y Sanidad; el fundador del Sanatorio de Chipiona, doctor Tolosa Latour; los ilustres divulgadores de la campaña antituberculosa, miembros de la Comisión permanente, doctores Espina y Capo, Bejarano, Cortezo, Gimeno, Malo de Poveda, Verdes Montenegro, Codina, Sierra y Zafra, y los distinguidos cronistas médicos, doctores Ruiz Albéniz, Gutiérrez Gamero, Gereda, Juarros... podrían, puestas sus inteligencias y altas dotes científicas al servicio de esta noble causa, ilustrarnos á todos, guiar nuestros primeros pasos y llevar el convencimiento y la confianza al ánimo de los escépticos; sólo así no se haría esperar la celebración del «Día de la tuberculosis» en Madrid.

DOCTOR SILVIO

¡Pobre Dr. Silvio! Sospecho que debe ser joven, y de talento, pero sin pizca de sentido de la realidad.

¿Querer interesarse por los tuberculosos, sin poner á su empresa el marchano clerical? No sabe por dónde se anda.

Comunique su idea á los trailes, y tenga la seguridad de que, como vean negocio, se encargarán de explotarlo, sin preocuparse de si los tuberculosos sacan ó no algún beneficio del proyecto.

Pero no olvide la que actualmente le esté ocurriendo al doctor Queraltó, por interesarse por los tuberculosos y combatir á los empresarios piadosos de esa enfermedad: que está desterrado judicialmente de Barcelona por tres ó cuatro siglos.

Esto no quita para que yo aplauda los nobles propósitos del doctor Silvio.

Fragmento

«Estamos en decadencia; somos romanos del bajo Imperio. Pero la decadencia no existe. No creo en ella. Tefilo Gautier dijo que los hombres no habían sabido siquiera inventar un octavo pecado capital. Esta mañana he visto en la calle albañiles que trabajaban como los esclavos de Nínive; he visto casados que salían de la iglesia para ir á la taberna; un poeta lírico me ha recitado sus versos; los guardias republicanos llevaban cascos como los soldados de Alejandro, y los panaderos de París cocían el pan como en los tiempos de Abraham. Nada hay nuevo bajo el sol... Llamamos peligrosos á los que no piensan como nosotros, inmóviles á los que no practican nuestra moral, y escépticos á los que no tienen nuestras ilusiones.»

ANATOLE FRANCE

EL CRIMEN DE HUESCA

Este brutal crimen cometido hace once meses continúa en el mayor misterio, desconociéndose el autor ó los autores de la muerte del niño, é ignorándose quién son los desnaturalizados padres de la infeliz criatura.

Desde que el nombrado juez Sr. Robres se encargó del asunto, no hemos visto más que la desaparición del esposo y hermano de la beata Francisca Santolaria (a) «Paca la Hornera» y la de una infeliz mujer llamada de apellido Playán.

Ignoramos todos los oscenses el paradero de esos infelices, que creemos están en la cárcel de Zaragoza, sin explicarnos el motivo de ello. Comprendemos que la «Potota» y su marido, con «Paca la Hornera», estén presas por encubridoras y cómplices, pero no la Playán, ni el hermano y marido de la Paca.

El gato creo que lo tiene todavía su propietaria en buen estado de salud y en disposición, si la ocasión se le presenta, de roer todas las cabezas de niños habidas y por haber.

Mosén Prisco celebra misa todos los días y es saludado por todo el mundo, pues hasta algunos liberales lo han acompañado en sus paseos por las afueras de la ciudad.

Los republicanos abrieron una suscripción para ejercer la acción popular; á ella no han acudido más que republicanos y algunos miembros de la juventud liberal monárquica.

El pueblo oscense, por lo visto, no quiere hacer lo posible para esclarecer el horroroso crimen que á todas las almas honradas indignó.

De esto juzguen las demás provincias.

La «Potota», según noticias, está en la cárcel de Zaragoza, y, según muchos, todavía incomunicada en su lóbrega celda, llena de miseria y piojos que se la comen.

¡Infeliz mujer!

La pobre, dicen también, que se ratifica en sus declaraciones, que es verdad que D. Prisco les dió un niño muerto á ella y á la Paca, para que lo hicieran desaparecer.

No sabemos si se ha sobreesido ó sigue

el proceso; nos parece que sigue, pero con gran lentitud.

El obispo no dice nada ahora; creemos que del viaje á Madrid, de la visita al nuncio y al ministro de Gracia y Justicia, resultó el nombramiento del juez especial y la libertad del cura Mosén Prisco Martínez Lostalé.

La inocencia de éste no se ha demostrado todavía; por tanto, los imparciales siguen creyendo en la culpabilidad de ese cura pariente del prelado.

El Porvenir, diario independiente de Huesca, teme perder suscripciones si habla del crimen. *El Diario de Huesca*, periódico liberal, calla, y el periódico neo, *Voz de la Provincia*, también.

El Pueblo, semanario republicano ha cesado de publicarse; así es que no hay prensa que hable con claridad de este repugnante crimen.

Dícese que la Paca se ha ratificado mi-vices en su declaración, y que ha estado y no sé si está aún, enferma en la cama.

En resumen:

Que «Paca la Hornera», la «Potota» y su marido mantienen lo dicho en sus primeras declaraciones.

Que el hermano y el marido de Francisca Santolaria, y la Playán, están en la cárcel sin que se sepa porqué.

Que Huesca no se preocupa del crimen, y que el cura se pasea por la ciudad muy tranquilo.

Además, por si usted, señor Nakens, no lo sabe, he de decirle que el juzgado instructor de la causa estuvo en Barcelona haciendo no sé qué diligencias. Con el juzgado fué á la ciudad conda «Paca la Hornera». Ahora creo que trabaja en Zaragoza, pero no se sabe nada de ello. El «Pototo» dicen que está casi ciego.

Hable usted todo lo que pueda de este asunto; llame usted la atención de los diputados republicanos para que en el Parlamento interpielen al ministro de Gracia y Justicia sobre él y sobre la forma de instruir el proceso el juez señor Robres, conocido ya antes de meterse en este asunto por sus ideas reaccionarias. Nosotros, de vez en cuando, le mandaremos notas de lo que vayamos sabiendo, para que lo publique.

Los republicanos tenemos el propósito de ejercer la acción popular y de no dejar este asunto hasta que se vea en la Audiencia el proceso.

Podría ser que tardara muchos años la vista en la Audiencia; podría ser, y casi lo aseguramos, que mueran en la cárcel los procesados; pero, no obstante, hemos de saber quién son los padres del niño y quién su matador.

Si quiere usted más pormenores, escriba á algún amigo de Zaragoza, que allí es donde se hacen las actuaciones judiciales, y allí es donde están presos los procesados,

EL CORRESPONSAL

Huesca, 16-1 1913.

Los cuervos en acción

La muerte de Mosén Prat

Gonfabulación entre la familia y los clericales para evitar que el entierro tenga carácter civil.

El entierro del cadáver de mosén Prat se verificará esta tarde, á las tres, salien-

do la comitiva de la calle de la Rosa, número 3. Los amigos del difunto, teniendo en cuenta los deseos manifestados por aquél, tratan de que el acto tenga carácter civil.

Bien lo merece quien supo emanciparse de la tiranía eclesiástica después de haber sufrido sus rigores por espacio de bastantes años. Del grupo de clérigos emancipados—Ferrándiz, Pey Ordeix, Fray Gerundio—saldrá el biógrafo que trace el doloroso calvario de Segismundo Prat, persecución desde las altas esferas eclesiásticas, injuria soez repugnante en el confesonario y en el libelo católico. Nosotros sólo conocíamos el mosén Prat de la tertulia de *El Progreso*, de las comunicaciones carcelarias, de las visitas á jueces y magistrados en demanda de libertades de presos.

La figura de mosén Prat adquirió extraordinario relieve después de los sucesos de Julio. No hubo juez militar ni civil que no le recibiera en su despacho y no hay preso republicano, ni herido en lucha política, que no le viera un día prodigándole consuelos. Todos los que hemos sufrido persecución por la justicia le recordaremos siempre como el primero en socorrernos.

Ultimamente, al hablar de política se refería sólo al ansioso indulto. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Y ha muerto horas antes de publicarse la reparación a medida.

A este punto de nuestros recuerdos llegamos cuando se nos dice que la iglesia, que tan dura y cruel se mostró en vida con mosén Prat, pretende ahora arrebatarse su cadáver. Es lo eterno. Mosén Prat ha muerto maldiciendo á sus verdugos y éstos intentan pasearle por las calles como trofeo de su crueldad. Nosotros no decimos ni aconsejamos nada. Como amigos que fuimos de mosén Prat, declaramos haberle oído en infinitas ocasiones su deseo de que se le enterrara civilmente.

Descanse en paz nuestro buen amigo.

El cura Prat

«¡Murió por fin!» Dirán en cierto vetusto palacio y entre cierta gentecilla, escarnio del pueblo hispano, reptiles de nuestra gusanera social. No entraremos en el concierto humano mientras no nos hayan servido de alfombra.

La miseria y las ingratitudes abreviaron tus días; éstas últimas, no hay nadie que de la gratitud espere algo que no salga defraudado, porque no merece gratitud quien se siente acreedor á ella; miseria, no debiste padecerla. Si alguna vez te sobró algo, lo diste... y en poder de quien administra lo de los pobres, según tus hábitos y creencias, existe lo que bajo tu firma, en vindicación de tu derecho, del Tesoro público salió para que vivieras.

¡Qué malos han sido contigo, pobre detritus de la impiedad piadosa!

Conoci tus virtudes, no tus defectos. Me acordaré de ellas, te lo prometo.

FRANCISCO RIVAS

El Progreso, (Barcelona)

Mossén Prat

Demunt d unes despalles venerades
he vist una corona
de flors obertes despedint pemades
ambrosies de pròximes mesades:
era un tribut d amor que s esporona
en el bé que flori en hores passades.
—¡lla mort don Segismónt!, una tristesa
caigué demunt del pit, com fèrria llosa;
ab el seu pes un an'ma ma mesa
presa d un desvarieg y d una nosa,
ha lleusat una perla pudorosa.

Jo estava pres quan les humanes feres
exteses d úrpies, bramulant venjances
contra la Democracia, llemínieres
volien sane y dols, y malbaurances.

La nostra soletat pertorba un hora
que fón de Sol y dolsa companyia;
fón mossén Prat un alba seductora
que aixamplá un pitabjecte á tirania.

Fón un rebelde, rompé ab les rutinaries
feb eses dels egoistes y els remisos:
tingui l agraïment y il·luminar les
dels que d ell n han rebut consols y avisos.

J. COSTA POMES

El entierro de Mosén Prat

Comencemos por las autoridades. Imbuidas por el obispado se insinuaron taimadas contra la voluntad expresada en vida por Mosén Prat. Retrocedieron luego acatando la decisión de la familia del difunto, libre de coacciones. La opinión liberal debe un aplauso al gobernador civil Sr. Sánchez Anido, que enfermo en cama, quiso intervenir desde el primer momento en este asunto para evitar un conflicto, y poniéndose en contacto con el Sr. Die, á la una de la madrugada pudo reposar tranquilo en la seguridad de que por esta vez se mostraba digno gobernador de un ciudad como Barcelona.

Y en cuanto al clericalismo, se tuvo que someter á la reflexión libre del hermano de Segismundo Prat. Quiso éste en vida que su último viaje tuviera carácter civil, y se ha respetado la voluntad de todos, menos la de aquellos torturadores que querían pasear por las calles de Barcelona sometidos á sus emblemas los despojos de una pobre víctima.

El acto de ayer fué hermosísimo. Había despertado gran expectación. A las tres de la tarde era imposible dar un paso por las calles adyacentes á la de la Rosa. Vimos allí gran número de personalidades del Partido Radical, y entre todas recordamos el primer momento al teniente de alcalde Sr. Doménech, á los ex concejales Srs. Rovira Palau, Oliva, Palau, Vinaixa y Sans Cabré, al diputado provincial D. Rafael Ulled y sus hermanos José y Jesús, y muchos otros que se añadieron á la comitiva.

Esta salió de la casa mortuoria á las tres y media. La autoridad había tomado grandes precauciones, disponiendo patru-

llas en la plaza Real, plaza del Teatro, Ramblas y carretera de Casa Antúnez. Al frente de las fuerzas policíacas iban el inspector general Sr. Retana y los jefes de la sección especial Srs. Tresols y Martorell y los delegados señores Zaldivar, Bravo y Vela. También salió á la calle la Guardia civil, apostándose en la carretera de Casa Antúnez.

Presidían el duelo un hermano de Mossén Prat y los señores Ulled (R. J. y J.), Rovira Palau, Doménech, Vinaixa y otros.

La comitiva salió por la calle de Cordols á la de Escudillers, y de allí á la Rambla de Santa Mónica, presenciando su desfile gran gentío.

Sobre el ataúd figuraba una corona con cintas tricolores y varios ramos de flores.

En el extremo de la calle del Marqués del Duero, frente á la Aduana, se despidió el duelo, continuando unos á pie, otros en coche, el viaje al cementerio, mucha gente, figurando en la avanzada representantes de las Juventudes Radicales. En la comitiva iban también bastantes mujeres.

Al llegar al cementerio libre, después de haber adquirido para el cadáver del pobre Prat, un nicho nuestro amigo señor Vinaixa, se procedió á la ceremonia de la inhumación y la gente allí congregada oyó de labios del Sr. Vinaixa elocuentes palabras de recuerdos á las virtudes y á los méritos de la víctima del clericalismo.

A las cinco y media terminó el fúnebre acto, al que asistieron unas dos mil personas.

El cadáver de Mosén Prat fué inhumado en la Via Igualdad, agrupación segunda, letra 30.

Descanse en paz el querido amigo. Ha tenido, por parte de los que no le abandonaron, digna despedida.

Adhesiones del entierro

Juventud Radical del distrito 5.º, Agrupación Jóvenes Bárbaros, Juventud Fraternal del distrito 2.º, Juventud Radical del distrito 3.º, Juventud Vanguardia Radical de la Barceloneta, Juventud Radical Graciense, Juventud Radical Gervasiense, Fraternidad Radical Gevasiense, Centro Obrero Radical de la derecha de Gracia, Asociación Damas Rojas de los distritos 8.º y 10, esta última con una corona. Juventud Radical del distrito 7.º, Juventud y Fraternidad Radical de San Feliú de Llobregat, Juventud Radical, Centro Radical y Agrupación Libre pensadora de Cornellá, Centro Radical de San Baudillo de Llobregat.

Juventud Radical de Esparraguera, Juventud y Centro Radical de Olesa de Montserrat, Centro Radical de Granollers, semanario Radical *Alma Joven*, Juventud y Fraternidad de Sabadell, Juventud Radical de Igualada, semanario *Igualada Radical*, Juventud Radical de Terrassa, Agrupación Libre pensadora de Pue-

blo Seco, Augusta y Respetable Logia Simbólica Almogávares 265.

Mosén Prat, por Pey Ordéix

He visto á Prat en Mayo del año pasado, he visto su casa, he examinado su vida. ¿Quiere usted que le trace un cuadro?

Imagínele usted padeciendo una afección cerebral, de esas que van acompañadas de neuralgias atroces y que, frecuentemente, terminan en el suicidio ú homicidio. Una pequeña contrariedad congestiona su cabeza, inunda su rostro con una ola de sangre, exalta su mirada y coloca sus nervios en una irritabilidad máxima. Allí está metido en una de las calles más lúgubres de Barcelona, y allí pasa la vida en un cuchitril de dos metros de ancho por tres de largo, envuelto en los papeles de sus expedientes, fumareando, respirando polvo, humo y carbono, con luz escasa y asaltando sus ventanos los ruidos orgíscos de vecinos lupanares de última estofa.

Allí está, rodeado de sus recuerdos palatinos, de sus años de servicio, de su carácter sagrados y de sus títulos benéficos, allí evoca las fiestas de que está desterrado, el ministerio del cual está expulsado; el progreso profesional que se le ha interceptado, al i está con sus influencias ancestrales, con su temperamento, con su estado irritable, con su cerebro débil y voluble, con su madre en el hospital, con su neuralgia y con su impulsividad, teniendo por consejeras la enfermedad, la falta de medicinas, las tinieblas, el hambre, la calvicie precoz, la impotencia, la sensación de la impunidad judicial, la arbitrariedad eclesiástica, la anarquía autoritaria, la carcajada de sus enemigos, el desdén de los superiores, el aguijón de la punzante mirada del beato... Y á veces se entreabren sus ojos, brillando por encima de las antiparras, y se alarga su boca, y se hinchan sus fosas nasales, y se vislumbra en su semblante la fiera pirenáica...

¿Qué hará esa fiera, acorralada allí, y que sólo con levantar la falleva puede salir á la calle...? ¿A dónde irá...? ¿Qué hará?

Cualquiera versado en criminalología preguntará extrañado: ¿lleva tres años sin haber cometido un crimen...?

Sí, los lleva; pero no es mérito del obispo ni mérito suyo, es una simple coincidencia. No va á cometer el crimen, porque halla una válvula á su dolor. Tiene la Casa del Pueblo que le acoge, curando con agasajos el veneno que en sus heridas han causado los beatos. Tiene *El Progreso*, desde el cual puede acusar la crueldad eclesiástica. Tiene las Damas Rojas, que se cuidan de llevarle á su miserable nido su socorro, como golondrina á sus hijos, menudo y alegre como becada de pájaro. ¿Es por esto que el nombre de Prat no está ya á continuación de la lista de Verger y Galeote? Respóndanlo los psicólogos.

El Progreso

Barcelona.

ARTÍCULOS FIAMBRES

Torpeza inaudita

Varios republicanos perpetraron un banquete con motivo de las elecciones, á las pocas horas de celebrarse la manifestación de protesta contra las infamias cometidas en Monjuich. Pudieran muy bien parodiar así los versos de Narciso Serra:

Indignémonos un poco
por eso de Monjuich
tomando el sol, y más tarde
nos iremos al festín.

Se reunieron en el banquete unos 170, y al llegar la hora tremebunda de los brindis, uno de ellos comenzó el suyo en esta forma: «Gloria á Dios en las alturas,» etc.

El sitio era adecuado y el momento también. Al final de un banquete y teniendo heroicamente empuñada la copa de champagne, nada más propio que sentirse conmovido ante la bondad divina.

(Suplico á los correligionarios que en adelante se reúnan á banquetear, que antes de abalanzarse á la más pequeña aceituna bendigan la mesa, y al terminar recen un padrenuestro por las ánimas benditas de los correligionarios fusilados, por si están en el Purgatorio. Hay que ir poco á poco desvaneciendo la opinión errónea de que somos enemigos de la Iglesia.)

Así, así se hace propaganda republicana: comiendo, bebiendo y alabando á Dios por tamaños beneficios, mientras se baten allá en Cuba los que por no tener 6 000 reales alcanzan la alta honra de ponerse al habla con el vómito y el machete.

Una pregunta á los banqueteadores patriotas:

¿Era preciso haber comido y trasgado para decir lo que dijeron? ¿Sí? Nada replico entonces. Mas si no era absolutamente preciso, ¿por qué no haberlo discursado en un salón cualquiera, para que nadie pudiera sospechar que ni aun en estos momentos angustiosos para la patria sabemos sustraernos á la rutina? ¿Qué va á esperar la nación de nosotros si nos ve en todo iguales á los que combatimos? ¿Qué va á creer cuando le digamos que?

Pero ¿seré necio? ¿Pues no me había olvidado que estoy actualmente haciendo propaganda para ver si puedo aumentar el tamaño de *EL MOTIN*, y que no me conviene censurar las mamarrachadas de mis correligionarios, sino corearlas y aplaudirlas?

¡Claro! Después de decir esto, ya no puedo mandar una circular excitando á desprenderse de cincuenta céntimos mensuales, importe de la suscripción, á ninguno de los concurrentes al festín ese, ni á los demás que á menudo banquetean; se indignarían con mucha razón, y exclamarían, con la seriedad que ahorran en los banquetes: «¡Hacer yo este sacrificio por un periódico que censuró mi asistencia

á aquel acto grandioso y transcendental! Sería indigno de un republicano convencido como yo.»

Nada; que no sé por dónde me ando. ¿Quién demonios me obligaba á decir lo que antecede? ¡Vaya usted á saber los suscritores que habré espantado! Esto es una perdición; así no se hace un periódico.

Lo enmendaré en parte, callándome prudentemente otra porción de cosas que iba á decir.

¡Guarda, Pablo! Hay que velar por la caja de la administración.

1889.

A callar y obrar

¿A que perder el tiempo en divagar y discutir? La cuestión es sencilla.

¿Tenemos dinero? ¿Contamos con generales ó regimientos? Pues á cumplir con nuestro deber. ¿Carecemos de eso? ¿Somos ricos únicamente en frases rimbombantes: «El Pueblo está con nosotros» «La monarquía se derrumba», «La revolución llama á las puertas»? Pues á callar.

Veinticuatro años de prodigarlas sin resultado, deberían habernos convencido de que la revolución no viene porque se la pregone, se la invoque ó se la llame: para la revolución hace falta ciner, fusiles, cañones... y el consonante: de esto quizás no andaríamos mal, llegado el caso, mas sin lo otro sólo serviría para ir al sacrificio; muy heroicamente, sí, pero muy neciamente también.

Hay que dejarse de intransigencias que á nada conducen y unirnos para que vengan á nosotros elementos que no vendrán, como no han venido hasta ahora, si continuamos desunidos.

Todo lo demás, «nuestro revolucionario partido», «nuestra gloriosa bandera», «nuestro salvador programa», «nuestro ilustre jefe», son frases huecas. Suprimámoslas para que los monárquicos no se burlen de nosotros, y dediquémonos á buscar lo que he dicho; pero tan en secreto, tan en silencio, que la monarquía sienta el golpe antes que el amago.

De no obrar así, de continuar con los partiditos, los programitas, y los jefecitos, las divisiones de héroes y de cobardes, de hombres de talento y pueblo ignorante, de revolucionarios y legalistas, renunciemos á ver implantada la República.

Resumiendo:

¿Hay dinero, fusiles, regimientos y generales? Pues á callar y obrar.

¿No hay más que palabras de relumbren desgastadas por el uso? Pues á callar y á unirnos para romper con un pasado de torpezas, debilidades y mamarrachadas.

1897.



Los obispos

por
ROBERTO ROBERT

eclesiástico, y apurada ya su paciencia con las réplicas tan respetuosas como monacalmente cargantes de aquellos religiosos, se levantó una mañana muy valiente, y encaminándose hacia ellos cuando menos se lo cataban, se encontraron que con episcopal osadía se hallaba instalado en el monasterio, donde siendo niño había recibido las primeras cristianas inspiraciones.

La crónica podría tacharle de ligero de cascos; pero lo cierto es que el obispo conservó un año con obstinación heroica aquella plaza tomada por sorpresa, y más la habría conservado si por aquel tiempo no hubiese fallecido su antiguo discípulo el obispo de Lieja, que le sostenía.

Entonces, echando el resto de su ligereza, emprendió Rathiero su última corrida y volvió á su posesión junto al río Sambra.

Allí, como hemos dicho, ya no había nada atractivo para su carácter, por cuyo motivo se fué á Namur. En Namur no encontró un desdichado con ganas de regañar, y no tuvo más remedio que morirse, como así lo hizo.

Tal fué aquel Rathiero de quien hemos hablado en nuestro primer capítulo, el que decía: «Quien ama á los judíos niega á Dios, porque á Dios niegan los judíos; el que ama á los judíos no es cristiano, porque de Cristo blasfeman los judíos; no es amigo de Dios el amigo de los enemigos de Dios»

Por aquel tiempo hubieron de padecer grandes penalidades los obispos de Italia, amenazados y á veces cruelmente castigados por Beranguer. Ellos, que saben de cierto que pueden mandar en todo porque Dios dijo *suber hanc petram*, tuvieron que pedir al bárbaro germano que les librase de los que despedazaban el reino, y se lo rogaron muy humildemente por los apóstoles San Pedro y San Pablo; el arzobispo de Milán se quejaba de que se aceptase el oro del que le hacía la más ruinosa competencia; y cuando un arzobispo llega al extremo de lamentar que se reciba dinero de otro, es que ha tocado á lo profundo, á lo más profundo de la desventura.

Y así era en efecto, pues muchos de sus compañeros tuvieron que refugiarse en Alemania, huyendo de los lazos, siempre pérfidos, que el rey les tendía.

Cuando en aquel mismo siglo x se trató de coronar á Otón I, hubo grande y noble porfía entre los obispos del Rin, sobre quién debía verificar la solemne ceremonia de la coronación.

Siempre es un sacrificio para un humilde obispo el asistir á fiestas mundanales y tomar parte en ellas, y entonces se vió la abnegación de aquellos tres prelados,

que hicieron los imposibles para alcanzar la gloria de aquel sacrificio.

El arzobispo de Tréveris decía que la víctima había de ser él, por cuanto su metrópoli vencía á las otras dos en antigüedad.

El de Maguncia alegaba con razón que nadie sino él debía coronar al emperador, porque á su dignidad archiepiscopal iba unido el título de primado de Germania, y comprendía que llamarle primado y no dejarle ser el primero equivalía á hacerle una primada, como decimos en el siglo.

Y el arzobispo de Colonia puso no menor empeño en ser el coronador, porque la fiesta se celebraba en la capital donde él tenía su sede, y le parecía poco decoroso que teniendo el emperador arzobispo á mano, fuese á casa ajena á buscarle, sobre todo conociéndose capaz de coronar con tanta habilidad como el arzobispo más pintado.

Al fin la pena de aquel penoso acto de humildad recayó en el arzobispo de Maguncia.

El Señor le premió aquel sacrificio, pues al poco tiempo, á consecuencia de las revueltas intestinas, el arzobispo de Maguncia tuvo la gloria de verse lanzado de su silla por el emperador y de ver sentado en ella al arzobispo de Colonia.

Por entonces en Francia el arzobispo de Reims, que antes había auxiliado al rey Carlos el Simple, presentándosele con 1.500 hombres armados cuando todos los grandes vasallos le abandonaban, hizo el sacrificio de coronar á su hijo Luis, y llevó la humildad hasta el extremo de admitir el título de conde de Reims para él y sus sucesores, con todo el engorro de los derechos de regalia, tierras, haciendas, privilegios y demás cosas mundanales, que sólo aceptó para no ser des-cortés y para dar ejemplo de que en servicio de Dios debe el hombre, por obispo que sea, inclinar la frente á los designios de la Providencia.

En cambio, á dos pasos de este prelado, Beranguer daba y quitaba mitras y prebendas en Italia, con tan mal acierto, que toda la gente de Iglesia conviene en que á los que les quitaba, les quitaba demasiado, y á los que les daba, les daba poco.

Por supuesto que la Iglesia, á pesar de todo, iba creciendo en brillo.

Sucedían las cosas que hemos dicho cuando en Nortumbria el rey Edred, no contento con asolar el país, encerraba el obispo de York en un calabozo por meras sospechas.

Su sucesor Edwy desterraba al abad Dunstan, con gran regocijo de éste, que veía llegada la hora de saborear las penalidades de la tierra; si bien su gozo fué pasajero, como todos los del mundo, pues al advenimiento del nuevo rey se le alzó el destierro y se le condenó á ser arzobispo de Cantorbery.

Esta desgracia influyó dolorosamente en su entendiimiento, según lo prueba el haberse dedicado á moralizar las costumbres del clero, como si el clero hubiese sido nunca poco moralizado, y menos en aquellos tiempos.

Pero lo hacía con buena intención, y Dios se lo premió llamándole á su seno.

Repito, empero, que á pesar de esas pequeñas que desaparecen en el gran conjunto de la Historia, la Iglesia iba cobrando cada día mayor brillo.

A mediados del siglo x, ya Otón comprendió lo que fueron comprendiendo todos los poderes fuertes, es decir, que para ayudarle á mandar eran más útiles los obispos que los nobles, y así frente al poder de éstos puso el poder de aquéllos, y el casco fué humillado por la mitra.

Si, señor, y fastidiense los enemigos de la Iglesia: los obispos se encontraron con que se les confirió el dominio de las ciudades con la jurisdicción temporal y los derechos reales, y ciudad donde imperaba el obispo, quedó exenta de la jurisdicción de los duques y los condes.

No se vaya empero á creer que por eso todos los obispos del mundo cristiano quedaron libres de todo percance, pues poco después, en 964, sucedió en Roma que cuando Juan XII depuso á León VIII y anuló todos sus actos, mandó apalea al obispo de Spira, comisario del emperador, cuyo obispo, después, por una casualidad, falleció asesinado.

Esto de apalea y asesinar obispos parece un poco bárbaro; pero si bien no niego que cuando menos debió de ser doloroso, atiendo principalmente á que mientras esa barbarie se cometía en Roma, se iba desbarbarizando Rusia, y váyase lo uno por lo otro.

No fué directamente un obispo quien cristianizó, aunque un poco de munición, á los rusos: fué una mujer. Uladimiro había amenazado á los emperadores con sitiarles en Constantinopla, si no le daban á su hermana por mujer. Diéronsele, casóse, bautizóse, levantó una iglesia, destruyó los antiguos ídolos que sus padres habían adorado, y mandó bautizar á todos los suyos de real orden.

Ahora, en los malos tiempos que alcanzamos, la Iglesia no puede ni debe consentir en que los reyes impongan á sus súbditos la religión que les acomode; pero entonces cada iglesia consentía y aun procuraba que los poderosos atrajeran á su seno el mayor número de contribuyentes, es decir, de fieles posible.

La ceremonia del bautizo de aquellos súbditos se hizo regimiento.

En vez de un cazo con agua, se hizo uso de todo un río.

(Continúa).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 21.—M. rid.